



EL APOCALIPSIS
según San George

Eliades Acosta Matos

CASA
EDITORIA
ABRIL



Editor: *Irene E. Hernández Álvarez*
Diseño y realización: *Enrique Hernández Gómez*
Corrección: *Martha Beatriz Armenteros Toledo*
Ilustraciones: *Alberto Durero*

© Eliades Acosta Matos
© Sobre la presente edición:
Ediciones Abril, 2005

ISBN 959-210-388-8

Casa Editora Abril
Prado No. 553, entre Dragones y Teniente Rey, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba. C.P. 10 200
E-mail: eabril@jovenclub.cu
Internet: <http://www.editoraabril.cu>

ÍNDICE

Para leer al nuevo Supermán / 9

Introducción / 15

CAPÍTULO 1 El vuelo del ángel exterminador / 25

1.1 Diagnosticando una enfermedad americana / 25

1.2 Las Instrucciones de Breckenridge / 31

1.3 Un paréntesis para el secreto / 48

1.4 El “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” / 55

CAPÍTULO 2 Augures y sibilas imperiales / 65

2.1 El 15 de febrero de 1898: la engañosa infalibilidad del Colegio imperial de los Augures / 65

2.2 Un respetable *average*: cinco incidentes, cuatro guerras / 96

2.3 El 11 de septiembre de 2001 o el ocaso del ingenio imperial / 106

CAPÍTULO 3 El discreto encanto de lo invisible / 117

3.1 Fabricando enemigos y amenazas / 117

3.2 Manual del perfecto titiritero / 121

3.3 Construyendo el laberinto conservador / 129

3.4 Las maquilas ideológicas / 141

CAPÍTULO 4 Las legiones del Imperio / 149

4.1 El Leviatán-Padre / 149

4.2 El linaje neocon / 155

4.3 Quince minutos de fama / 164

4.4 La ofrenda de los reyes magos / 169

CAPÍTULO 5 Trilling, Strauss & Wohlstetter, S.A. / 181

CAPÍTULO 6 La claridad moral de la guardia pretoriana / 233

6.1 Disparando desde las rocas contra los indios / 233

6.2 El bushismo como estrategia militar
neoconservadora / 241

6.3 Iraq, el paraíso perdido / 265

CAPÍTULO 7 El neoesplendor americano / 287

7.1 Las neo-utopías / 287

Los neo-valores / 290

La neo-religión / 293

La neo-cultura / 305

7.2 El neoconservatismo global / 317

CAPÍTULO 8 El anti-neo / 343

ANEXOS / 395

1 Programa del Departamento de la Guerra (Estados Unidos) acerca de la organización militar de la próxima campaña en las Antillas [Instrucciones de Breckenridge] / 395

2 Lista completa de fundadores y adherentes al “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” (PNAC) / 400

Bibliografía complementaria / 403



PARA LEER AL NUEVO SUPERMAN

Los niños franceses se divierten con los animados de Asterix, el galo invencible, y los cubanos con los de Elpidio Valdés, un mambí que combina la picardía sana y la audacia. Son símbolos del honor nacional. Combaten al invasor extranjero. La fuerza del primero es el resultado de la inteligencia colectiva (una pócima mágica), y todos sus compatriotas la adquieren al ingerirla. Las cualidades del segundo aparecen en todos sus compañeros de armas. Son héroes populares en el sentido de que pretenden ser el reflejo de sus pueblos. Los niños y los jóvenes norteamericanos no tienen un personaje arquetipo. Superman no expresa las virtudes del hombre común, porque no es un hombre común; es la Supernación, que encarna como Dios en un ser humano. Es la figura paternal del imperio “bueno”, preocupado por mantener el orden mundial. Es el imperialismo. Superman, Batman, Spiderman o Mr. Increíble –los franceses al traducirlo lo nombran con acierto “Mr. Indestructible”–, son héroes solitarios y reformistas que Hollywood propone como modelos inalcanzables, símbolos de la Supernación que los engendra.

La última superproducción de Pixar –Los increíbles (2004)–, la Supercasa productora de Walt Disney, es una metáfora sobre el regreso de los neoconservadores al poder. Los héroes de esta historieta poseen cualidades especiales que los hacen superiores al resto de los humanos. Nadie podría pretender “ser como ellos” (se descarta la frase que repiten los niños cubanos: “seremos como el Che”). Ellos vigilan, y luchan por nosotros.

Un niño caprichoso, impertinente, quiere imitar a su héroe: es brillante y voluntarioso, pero no es un elegido. Mr. Increíble lo desdeña, prefiere trabajar solo. La interferencia del intruso pone en peligro su vida y la de los demás. A pesar de que sus acciones provocan el bien común, el superhéroe puede ser un incomprendido, algunos beneficiados por él pueden paradójicamente demandarlo por sus actos justicieros. Un suicida que ha sido rescatado cuando caía de un edificio alega que nunca pidió ser salvado. Es la misma historia de los ingratos iraquíes.

Un inocente sitio web de cine describe así este pasaje de la película: “Se ve obligado por los responsables sociales a retirarse –como tantos otros superhéroes– dado que causa más efectos colaterales adversos que la ayuda que puede dar a la comunidad” . Ante la presión pública de las masas, los superhéroes pasan a retiro. Deben esconder sus dones extraordinarios, aparentar que son seres normales. Comportarse como si fueran iguales a nosotros. Sin embargo, al cabo de los años (y ante la inacción de los elegidos), el no elegido se hace fuerte construyendo armas de destrucción masiva. Su deseo de igualarse a los seres superiores lo convierte en una amenaza para la seguridad mundial. Los verdaderos superhéroes (Mr. Increíble se ha casado con Elastigirl, un matrimonio entre iguales que garantiza la pureza de los seres superiores y ha procreado toda una familia de elegidos, una familia norteamericana “típica”; pero entre las cualidades excepcionales de sus miembros, sobresale la suya: la fuerza. Mr. Increíble es un NeoSuperman, aunque ya no exhibe una doble personalidad: su existencia sin máscara, es una imposición que se demuestra inútil y perjudicial) deben entrar nuevamente en acción. El pueblo los aclama. La batalla final se escenifica en New York,** una ciudad siempre amenazada. Dos señores mayores de aspecto*

* El subrayado es del prologuista.

** Se han respetado las grafías del prologuista y el autor.

El Apocalipsis según San George

neocon (traje y corbata gris, sombrero) comentan: “estos son de la vieja escuela”. La victoria final es efímera: un nuevo enemigo salido de las entrañas de la tierra (de algún oscuro rincón del planeta), aparece en los minutos finales del filme para recordarnos que el Mal acecha y que los autoelegidos defensores de la humanidad no tendrán descanso. Hollywood ha resucitado a los superhéroes de las historietas para que sepultemos a los héroes de la historia. El regreso al individualismo excluye el concepto del individuo-pueblo, y rechaza el heroísmo individual si es revolucionario, es decir, subversivo. “Ejemplar” es aquella existencia que se ovilla sobre sí misma, o que encarna en seres o naciones físicamente superiores destinados por la providencia para imponer una justicia reguladora del orden existente. Héroes policías que garantizan el orden, no lo subvierten.*

San George, el Emperador, se ha disfrazado de Mr. Increíble, el NeoSupermán. El libro que nos presenta el ensayista e historiador cubano Eliades Acosta Matos (Santiago de Cuba, 1959), deshace el disfraz, desmascara al impostor, establece y denuncia los hilos históricos de la conspiración neoconservadora. No es una novela policiaca, pero los argumentos y la trama son mostrados y demostrados con el rigor y la pasión de un alegato judicial. Para aquellos historiadores arqueólogos que repudian cualquier posible contaminación de sus estudios con debates actuales, este libro es una herejía. Para quienes sostienen que el pasado no puede ni debe ser abordado asépticamente, hallarán una brillante exposición de hechos históricos que, iluminados desde el presente, iluminan el presente: la explosión del acorazado Maine en 1898, el ataque japonés a Pearl Harbor en 1941, la destrucción de las Torres Gemelas neoyorquinas en 2001, no son trágicas y “convenientes” casualidades en la historia del imperialismo norteamericano.

* Neoconservador. (Salvo indicación expresa, las notas son del editor).

Las casualidades que se repiten en la historia (y que acarrearán beneficios a la inescrupulosa cúpula del poder imperial) pasan a ser sospechosas. Pero Acosta Matos no especula, la fuerza demoledora de su libro radica en la convincente demostración de su denuncia. Por eso estuve tentado de titular este prólogo en forma de noticia: “Superman es descubierto in fraganti por Elpidio Valdés”, pero preferí parodiar el título de un libro muy leído en la década de los setenta del siglo pasado y que hoy recobra actualidad: Para leer al Pato Donald.

Implícitamente, Acosta Matos rompe otro mito muy arraigado: los títulos académicos y los premios concedidos por “prestigiosas” instituciones imperiales a intelectuales de nombres anglosajones cuyos libros y artículos llegan masivamente al Tercer Mundo para instalarse en ellos como “autoridades indiscutibles”, (podremos no estar de acuerdo con sus criterios –suele decirse–, pero hay que respetarlos y citarlos), nada significan. Es decir, algo significan: esos autores son intelectuales orgánicos del imperialismo –sí, aunque muchos intelectuales de izquierda piensen avergonzados que ya no deben ser o parecer orgánicos de la liberación– que cumplen encargos, a dólar por cuartilla, para disuadir, confundir o difamar a los rebeldes y para elaborar estrategias más certeras de dominación. No podemos permitirnos ya más el lujo de la ingenuidad. Son “tanques pensantes” del dominador, que no persiguen la verdad, sino el fortalecimiento del status quo.

Eliades Acosta Matos es un intelectual nacido y formado con la Revolución cubana. Es parte de una generación de ensayistas filósofos que no claudicó en los verdaderos “años duros”, los que siguieron a la decepción y a la deserción de muchos en el mundo, luego de la caída del otrora llamado bloque socialista y a la desaparición abrupta de cómodos referentes ideológicos; ensayistas que hallaron en la historia los elemen-

El Apocalipsis según San George

tos indispensables para desentrañar el presente sin eludir sus conflictos, sus contradicciones, sus retos. La existencia de intelectuales como Eliades, es decir, de una nueva intelectualidad revolucionaria en Cuba, es irritante para los agoreros del fin del socialismo cubano. Él sabe que no será nunca mimado por las grandes editoriales del Norte. Su corazón y su cerebro están en el Sur, en este lado oscuro del planeta, en este otro mundo, “con los pobres de la tierra”.

Digo corazón y digo cerebro sin rubor, porque la razón no es ajena a los sentimientos, porque a la verdad no se llega –como nos quieren hacer creer– por los gélidos caminos del descomprometimiento. El que toma distancia de la vida, toma distancia de la verdad. Sin el soplo mágico de la emoción no hay ciencia, ni se conquista la liberación humana. A Eliades lo imagino peleando con el teclado de la computadora para que no se escapen las ideas que llegan furiosas, implacables, al galope, como llamadas por el corneta que toca a degüello. Así es su estilo: brillante, descuidado a veces, apasionado. Así se nos aparecen sus palabras: en tropel bullicioso, como una mítica carga al machete de Elpidio Valdés. Y el lector participa inevitablemente del combate, a favor o en contra de sus argumentos. No, no recomiendo a sus opositores leer este libro. La ironía, la erudición, la buena puntería de su fusil hacen estragos. Yo, desde luego, disfruto cada golpe certero de su machete y cada bala puesta sobre la prepotencia imperialista. Batalla de ideas, sí, porque hay ideas enemigas. Ideas que se inflan y vuelan como globos de metano. De repente, tapan el sol; son como globos de colores estridentes, que ciegan a los consumidores. Las palabras afiladas de Eliades, las desinflan.

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ



INTRODUCCIÓN

Diciembre parece ser un mes especialmente propicio para las confesiones políticas de los prohombres del imperio norteamericano.

Una especie de “cuentas a rendir ante Dios” que tiene lugar en los días finales de cada año, es, al parecer, la causa de que estos celosos funcionarios, casados con el más absoluto secreto en sus acciones y palabras, se abran ante la luz pública en una conmovedora ceremonia de expiación.

Los más avezados investigadores y adversarios políticos de estos semidioses, entre los que se cuentan periodistas incómodos y los liberales de siempre, esperan con entusiasmo el arribo de los días de fin de año, como supongo hacen también los pescadores más expertos durante la temporada de la pesca del salmón.

Unos y otros saben que jamás volverán a casa con las manos vacías.

El riesgo de que esta extraña debilidad forme parte de los ciclos recurrentes de carga, descarga y recarga de las energías vitales del Poder Secreto del Imperio, es una de las posibles explicaciones que esgrimen los investigadores de lo oculto. Otros, más apegados a lo terrenal, se remiten a la acción de un factor prosaico: las celebraciones por la fecha comienzan temprano y suelen incluir cantidades ingentes de *scotch*, sustancia que, si bien divina, suele predisponer a quienes se exponen a ella a reacciones indeseables, diabólicas, una de las cuales es la locuacidad ilimitada e indiscreta.

Conociendo la manía reguladora de los servicios secretos imperiales es de suponer que existan detallados planes de contingencia para estas festividades, que deben incluir el examen de todos los escenarios posibles, y la forma de ocultar, desvirtuar y desmentir (Escenario A-1) lo dicho por el presidente George W. Bush durante las borracheras navideñas; lo que ha escrito en sus tarjetas de felicitación el vicepresidente Cheney (Escenario A-2),

o (Escenario A-3) lo que ha dejado escapar en la peluquería, entre las fases 4 y 5 del procedimiento de desrizado y blanqueado, la señorita Condoleezza Rice.

La propaganda del Imperio machaca, día y noche, a los seres humanos del planeta, con la imagen que tienen los prohombres imperiales, o al menos, la que utilizan en sus apariciones públicas para hacernos creer que creen en ella: la de estar defendiendo de enemigos salvajes y bárbaros (una veces terroristas árabes y otras narco guerrilleros colombianos) la Tierra Prometida de la Libertad, los Derechos y la Democracia, estación final del género humano en su larga marcha hacia la civilización y el progreso. Es comprensible, en consecuencia, que las inevitables indiscreciones de fin de año pongan los pelos de punta a los constructores del *glamour* imperial, y que se hayan visto obligados, se afirma, a proponer al Congreso un proyecto de ley que anule la existencia del mes de diciembre en los Estados Unidos.

Según se lee en el artículo de Tom Engelhardt “Justice Goes Offshore and is Imprisoned”, publicado el 2 de enero de 2004 en el boletín electrónico del Independent Media Institute, un periodista del *Slate* llamado Timothy Noah, ha regresado de su pesquería navideña con el trofeo “Al mayor salmón de 2003”. La noticia, tal y como la cita Engelhardt, es la siguiente:

Timothy Noah, de *Slate* escribe: El vicepresidente Dick Cheney violó la política de la Administración Bush de no agregar ni una palabra digital a las tarjetas que se envían por Navidad. Él y su esposa regalaron a varios de sus votantes y a personalidades de Washington, tarjetas en las cuales, junto a los mejores deseos navideños, incluían la siguiente cita de Benjamín Franklin: “Si un loro que vuela no es capaz de caer a tierra sin que medie la voluntad del Señor, ¿sería posible que un Imperio se levantase sin la ayuda de Dios?”.¹

Ingenuamente podría pensarse que “a confesión de partes, relevo de pruebas”, pero ese refrán no funciona, al parecer, más allá de las fronteras de los países de cultura hispánica. En rigor, dentro de los propios Estados Unidos, muchas personas no aceptan que vi-

ven en un país imperial, a pesar de la terquedad con que los hechos de la vida real lo demuestran.

A principios de 2003, tras la publicación en una página web del Center for History and New Media, de la George Mason University, de un ensayo de Paul Schroeder, Profesor Emérito de Historia de la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, titulado “¿Is the U.S. an Empire?”, se inició un debate *on-line* muy útil para entender la limitada capacidad de autoanálisis de la sociedad que hoy rige los destinos de una buena parte del planeta.

La reflexión del profesor Schroeder debió ser incómoda e inquietante para los lectores promedios norteamericanos. Es de imaginar el estupor creciente de muchos de ellos cuando se enfrentaron a ideas como las siguientes:

- a) Todo imperio implica la existencia de control político ejercido por una entidad organizada sobre otra independiente y distinta de ella. A manera de criterio definitorio actúa la necesaria precisión de quién toma las decisiones políticas finales, independientemente de que exista o no una ocupación o administración formal de su territorio.
- b) Debe distinguirse entre imperio y hegemonía. La hegemonía reconoce el liderazgo e influencia dominante de una entidad dentro de una comunidad de entidades que no se hallan bajo su autoridad directa. Hegemón es el primero entre iguales. Por el contrario, el poder imperial manda sobre subordinados e impone la voluntad de sus decisiones.
- c) La hegemonía es compatible con el sistema internacional que tenemos, compuesto por entidades autónomas, con un status jurídico homogéneo (soberanía, derechos y deberes internacionales, etc.), a pesar de las diferencias existentes entre ellas. El imperio no es compatible con dicho sistema internacional.
- d) Los que hablan de un imperio norteamericano “bueno”, portador de libertad y democracia para el mundo incurren en el mismo error que si hablaran de lluvia seca o nieve negra. En principio, y por definición, un imperio es la negación de toda libertad política y de la autodeterminación.²

- e) De la dialéctica existente entre imperio y hegemonismo se pueden extraer lecciones históricas muy importantes, entre ellas:
- Cuando existe cierto orden dentro de un sistema, la irrupción de un imperio siempre termina en fracaso, y se produce inestabilidad, desorden y guerras.
 - Cuando se han producido avances en el orden internacional, y se ha preservado la paz, siempre ha coincidido con la elección, por parte de los poderes dominantes, de la hegemonía sobre el imperio.
 - La reciente reestructuración del sistema internacional, caracterizada por la globalización, la aparición de nuevos Estados, el ascenso de actores e instituciones no-gubernamentales y el desarrollo de los armamentos, hace de los imperios algo no solo inútil, sino también contraproducente.

Para terminar sus reflexiones, destinadas a provocar el insomnio y el mal humor entre sus lectores al día siguiente, el profesor Schroeder lanzaba el *strike* final:

Mis palabras no constituyen una propuesta académica, sino un intento por iluminar la decisión que deberán tomar los Estados Unidos. Este país aún no se ha convertido en un imperio [... pero]* la Doctrina Bush proclama ambiciones y objetivos de incuestionable carácter imperialista, y está usando sus fuerzas armadas en guerras imperiales [...].

Si los Estados Unidos, al final, optan por el imperio, serán inevitablemente derrotados.

En julio de 1878, al finalizar la Conferencia de Berlín, que fijó la paz en los Balcanes tras la Guerra Ruso-Turca, el príncipe Bismarck dijo al delegado otomano: “Esta es su última oportunidad, y si los conozco bien, la dejarán pasar”. En lo que nos ocupa, esta es nuestra mejor oportunidad, y conociéndonos bien, también la dejaremos pasar.³

* En las citas, todas las aclaraciones que aparecen delimitadas por corchetes son del autor.

El Apocalipsis según San George

Las opiniones enviadas por numerosos lectores, una vez publicadas las reflexiones del profesor Schroeder, demuestran que este es un excelente conocedor de su país, y que su título de Profesor Emérito en Historia está más que bien concedido.

El 4 de febrero escribía James Wilson:

Por ninguna razón, en toda la acepción de la palabra, puede considerarse que los Estados Unidos son un imperio. La expansión de los Estados Unidos no fue el producto de la acción de elites ni ordenada por gobierno alguno. Ocurrió por voluntad popular [...]. Ninguna de las naciones conquistadas durante la Guerra Hispano-Americana, o en la Segunda Guerra Mundial fueron retenidas, ni pagó tributo alguno. La reciente guerra en Afganistán no concluyó con ese país formando parte de un imperio. El imperialismo, en su sentido moderno, se asemeja al capitalismo: un pretexto inventado por los socialistas, un chivo expiatorio para justificar las críticas [...].⁴

El 6 de febrero escribía Martin:

Claro que los Estados Unidos son un imperio, y lo han sido desde su surgimiento [...]. En su patético comentario James Wilson afirma creer que los imperios son solo creados por elites y gobiernos, y no por las personas [...]. Para los aborígenes norteamericanos, cuya forma de vida fue destruida, esta fue una invasión imperialista [...].⁵

El 7 de febrero David Chapman se limitaba a expresar su estupor aferrándose a las certezas aprendidas en la escuela: “Los Estados Unidos son el país de los sueños”.⁶

El 8 de febrero Rick Schwartz proponía su propio análisis, quizás intentando salvar al bolsillo del Sr. Chapman de la depredación de algún psicoanalista:

Si usted analiza este asunto bien de cerca, descubrirá que las acusaciones contra el imperialismo norteamericano provienen de intelectuales de izquierda y son, en su mayoría, argumentos

metafóricos. Ellos confunden nuestro dominio cultural con el dominio de la Roma imperial, obviando el hecho de que el Imperio Romano nombraba gobernadores, recaudaba impuestos, imponía su Código, reclutaba eventualmente soldados en las colonias para servir en sus Legiones, y se consideraba a sí mismo como la autoridad total y suprema en cualquier cuestión importante [...]. Nosotros no mandamos al resto del mundo; nosotros lo guiamos.⁷

El 11 de febrero, Collin Henderson, un británico residente en Canadá, hacía importantes revelaciones, casi teológicas:

Bush aporta cierta claridad moral al asunto, lo que provoca malestar público en muchos países, los mismos que saludan en privado los esfuerzos de los Estados Unidos en Iraq. A no dudar, esos países tratarán de beneficiarse de las ganancias que vendrán. Esa claridad moral incomoda a la Europa secular [...].⁸

Las opiniones sobre si los actuales Estados Unidos son o no un imperio siguen llenando las páginas de los medios de prensa de medio mundo, sobre todo, de esa mitad a la que le interesa saber si han dejado de ser países soberanos para convertirse en colonias.

Lo más probable es que la luz que propone el profesor Schroeder, la luz de la Historia, no llegue nunca a iluminar las entretelas de este problema, crucial para la humanidad del siglo XXI, y mucho menos produzca en los prohombres norteamericanos la reflexión que propone sobre ascensos y caídas.

Mientras tanto, cada diciembre, con pasmosa regularidad, nos continuaremos enterando de los verdaderos propósitos que animan a quienes se dicen encargados de hacernos definitivamente libres, democráticos y felices, por voluntad de un Dios al que no consideran neutral.

Lo malo es que así viene ocurriendo desde hace mucho tiempo, desde que, en otro frío diciembre de Washington, para ser más exactos, el 24 de diciembre de 1897, un encumbrado militar del gobierno de William McKinley cerraba la carpeta donde acababa de redactar ciertas instrucciones indiscretas sobre cómo tratar

a las poblaciones de las islas que se ocuparían, en caso de estallar una guerra con España, y se sentaba en su coche oficial para ir a compartir la cena de Nochebuena con sus familiares, en un ambiente verdaderamente cristiano.

La historia de la autenticidad del “Memorándum o Instrucciones de Breckenridge”, aporta otro ejemplo de confesiones políticas imperiales, también en diciembre.

Lo escalofriante en este caso, al igual que al leer el texto del “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”, de junio de 1997, plataforma estratégica del partido imperial en el poder, es que se adelanta a los sucesos históricos que, de manera supuestamente espontánea e imprevisible, justificaron el asalto reaccionario sobre las instituciones políticas de los propios Estados Unidos.

Cuando el general Joseph Cabell Breckenridge, inspector general del Ejército de los Estados Unidos, ponía el punto final a las “Instrucciones...” que enviaría al mayor general Nelson A. Miles, jefe de las Fuerzas Armadas del país, faltaban 53 días para que el crucero acorazado *Maine* volara por los aires, en el centro de la bahía de La Habana, arrancando la vida a 266 de sus tripulantes y convirtiendo en humo los 15 000 000 de dólares que costó su construcción.

En el caso del “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” la clarividencia de sus firmantes fue aún mayor. Se adelantaron en 51 meses al día en que 19 suicidas árabes, comandados por el jefe Atta, utilizando para ello cuchillas de modelar en cartulina, provocaron el derrumbe de las Torres Gemelas en New York, abriendo con ese atentado las compuertas al torrente neoconservador que pronto se haría con el poder total.

Por una extraña casualidad, entre los firmantes y principales animadores de ese “Proyecto...”, que haría palidecer de envidia a Nostradamus, se encontraba Dick Cheney, el mismo de las indiscretas postales navideñas. El vice del presidente Bush, el que se hallaba a cargo de la Casa Blanca a las 8.45 a.m., del 11 de septiembre de 2001, cuando el vuelo 11AA de *American Airlines* se estrelaba contra la Torre Norte del World Trade Center. El que tomó las decisiones...

En el Imperio Romano, diciembre era el mes donde tenía lugar una de las principales festividades religiosas. Entre los días 17

y 23 se celebraban las Fiestas Saturnales o Saturnalias, apoteosis de un culto en el que convergían, desde los tiempos de Augusto, todo lo público y lo sagrado, pues ambos aspectos dependían de una misma voluntad: la del Emperador.

Puede leerse sobre las Saturnalias en el *Diccionario de la Religión Romana* de Contreras, Ramos y Rico lo siguiente:

En la ciudad reinaba una alegría desenfrenada: se suspendían las sesiones del Senado, se cerraban los tribunales, se daba vacaciones a los escolares, se suspendían las ejecuciones de las sentencias de muerte, se concedía la libertad a los prisioneros [...] se invertían las clases sociales y los esclavos, ataviados con las ropas de sus señores, se sentaban a la mesa, donde eran servidos por sus amos, a los que criticaban, sin temor al castigo; se realizaban sorteos de lotería [...] se celebraban banquetes públicos y se enviaban obsequios y regalos [...] [mientras] en el anfiteatro tenían lugar combates de gladiadores [...].⁹

En rigor: ¿son los Estados Unidos un imperio?

EL AUTOR

Referencias

- ¹ Engelhardt, Tom: “Justice Goes Offshore and is Imprisoned”, Jan. 2, 2004.
En: www.Tomdispatch.com
- ²⁻³ Schroeder, Paul: “Is the U.S. an Empire?”, March 26, 2003. En: <http://hnn.us/articles/1237.html>
- ⁴ Wilson, James: “Is The America an Empire?”, Febr. 4, 2003. *Ibidem*.
- ⁵ Martin: “Schroeder’s Definition Proves Him Wrong”, Febr. 6, 2003.
Ibidem.
- ⁶ Chapman, David: “Freedom”. Febr. 7, 2003. *Ibidem*.
- ⁷ Schwartz, Rick: “Not Geeting America by Jonah Golberg”, Febr. 8, 2003.
Ibidem.
- ⁸ Henderson, Collin: “Leadership vs. Hegemonic Empire?”, Febr. 11, 2003.
En: <http://hnn.us/readcomment.php?id?=8228>
- ⁹ Contreras Valverde, José, Gracia Ramos Acebes e Inés Rico Rico: *Diccionario de la religión romana*, Ediciones Clásicas, 1992, pp. 182-183.



CAPÍTULO 1

EL VUELO DEL ÁNGEL EXTERMINADOR

Diagnosticando una enfermedad americana

¿Qué tienen en común Carlos Marx, Edgar Allan Poe, Howard Phillip Lovecraft, José Martí, Sigmund Freud y Michael Moore?

En principio, mucho y poco. Pero una lectura complementada de sus obras, la comparación razonada de sus escritos, ayuda de manera inesperada a comprender las raíces ocultas y públicas del malestar de la sociedad norteamericana ante su propio rostro en el espejo.

Un acercamiento a estos autores, a la luz de la historia de los Estados Unidos y enfocado en sus elites de poder, podría llevarnos a escribir un “Manual del perfecto fariseo”, o una “Cartografía razonada sobre la exacta ubicación de los vicios secretos, y aproximada de las virtudes públicas, en una sociedad que se sueña modelo”.

Acostemos, por unos breves minutos, a esta sociedad febril en el diván del psicoanalista. Apartémosla, por breves instantes, de su pasión por venderlo y comprarlo todo, sermonear a las demás naciones y aplaudir, orgullosa, cuando sus héroes, en el celuloide, frustran los planes de los mismos terroristas a los que nadie detuvo, en la realidad, el 11 de septiembre.

José Martí arribó a los Estados Unidos, procedente del Havre, el jueves 2 de enero de 1880, a bordo del vapor *France*, desembarcando al día siguiente. Sus primeras impresiones acerca de la sociedad norteamericana, en la que tantas esperanzas depositaban los hombres progresistas de la época, las publicó en *The Hour*, de New York, seis meses después, bajo el título de “Impresiones de América (por un español muy fresco)”. Son crónicas de deslumbramiento muy diferentes a las que comenzó a enviar sobre el mismo tema, años más tarde, al periódico mexicano *El Partido Liberal*.

¿Qué cambió en este lapso, la sociedad norteamericana o la percepción que de ella tenía Martí?

Ambas cosas, pero más la segunda que la primera. El joven deslumbrado ante la pujanza de una sociedad mecanizada, vertiginosa, tan diferente a las sociedades coloniales de siesta y molicie que conociese en Cuba y España, había crecido hasta convertirse en uno de los críticos más agudos y radicales de su tiempo; en uno de los más profundos conocedores de las entretelas del país que lo acogió por espacio de 15 años y cuyas virtudes reconocía tanto, como execraba sus defectos.

El aporte crítico de Martí al develamiento de las esencias ocultas de la sociedad capitalista norteamericana, por su erudición, aliento ético y sinceridad, tuvo un augusto predecesor en el Dr. Carlos Marx, no en lo estrechamente relacionado con los Estados Unidos, sino con el capitalismo, en general. La lucidez de ambos asusta, a tantos años de distancia: se les echa de menos.

El manifiesto comunista, de 1848, sigue siendo no solo exacto, sino también divertido. Pocos escritos en la historia de la humanidad han sido tan eficientes en cumplir un encargo: aguar la fiesta de los explotadores mostrando el origen espurio de su poder y la debilidad que esconde la ostentación de su omnipotencia. Hacia 1871, dentro de los Estados Unidos, según el propio Federico Engels, se habían publicado tres traducciones diferentes al inglés, sin contar las ediciones en alemán. Cuando en el *Manifiesto...* se puede leer la siguiente cita, no puedo menos que pensar en las crónicas norteamericanas de Martí:

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas [...] Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las innumerables libertades escrituradas y bien aseguradas por la *única* y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal [...].¹

El Apocalipsis según San George

Compárese la cita anterior —escrita por un Martí recién desembarcado en New York, cuando era todavía “un español muy fresco”—, con la siguiente, ya convertido en un soberbio crítico:

[...] esta vida enfebrecida; este asombroso movimiento; este espléndido pueblo enfermo, de un lado maravillosamente extendido, del otro,—el de los placeres intelectuales— pueril y pobre; este colosal gigante candoroso y crédulo; estas mujeres demasiado ricamente vestidas para ser felices; estos hombres, demasiado entregados a los asuntos del bolsillo, con notable dejación de los asuntos espirituales [...].²

Si este amor de riqueza no está atemperado y dignificado por el ardiente amor por los placeres intelectuales,—si la benevolencia hacia los hombres, la pasión por todo [...] lo que signifique sacrificio y gloria, no alcanza parejo desenvolvimiento al de la fervorosa pasión del dinero, ¿adónde irán? [...].³

Ciento veinte y cuatro años después de haber sido escritas estas palabras, todavía nos lo estamos preguntando. Y eso que disfrutamos de la perspectiva de la distancia histórica. Por eso debemos apreciar, con benevolencia, el aporte a la percepción de este problema realizado por escritores que, viviendo en los propios Estados Unidos, llamaban la atención entre la brecha que separaba la sordidez de su realidad con la imagen soñada. Aunque lo hiciesen desde la perspectiva estrictamente literaria, como es el caso de Edgar Allan Poe y Howard Phillip Lovecraft, escritores malditos, escribanos de las tinieblas en una nación que presumía de vivir rodeada por la luz infinita de los estados de gracia.

En julio de 1845, cinco meses después de que los presidentes saliente y entrante de los Estados Unidos, John Tyler (1790-1862) y James Knox Polk (1795-1849), coincidiesen en refrendar la decisión del Congreso de anexar Texas y un año antes de que fuese decretada la guerra contra México, Poe publicaba su relato “El demonio de la perversidad”, intento romántico de llevar algún orden a un mundo que cada vez se separaba más del sueño primigenio: “Si no podemos comprender a Dios en sus obras visibles, ¿cómo lo comprenderíamos en los inconcebibles pensamientos que dan vida a sus obras? [...]”.⁴

Al carecer del alcance sociológico de Marx, el intento de Poe es parcial, pero también elocuente: atribuye a la manifestación de la perversidad, en la esfera de la psicología individual o social, lo que el Dr. identificó en la esfera de la producción y en la reproducción de las relaciones sociales que de ella se derivan. La explicación de Poe, no obstante, es también oportuna:

Como principio innato y primitivo de la acción humana [actúa] algo paradójico que podríamos llamar perversidad. En el sentido que le doy es, en realidad, un móvil sin motivo, un motivo no motivado. Bajo sus incitaciones actuamos sin objeto comprensible [...] bajo sus incitaciones actuamos por la razón de que no deberíamos actuar. En teoría, ninguna razón puede ser más irrazonable, pero, de hecho, no hay ninguna más fuerte [...]. Esta invencible tendencia a hacer el mal, por el mal mismo [...] es un impulso radical, primitivo, elemental [...].⁵

Que Poe apenas logre atisbar, o esbozar, una explicación racional, la suya, ante el predominio de lo irracional en las relaciones que median entre hombres, clases y naciones, no significa que la irracionalidad no esté sujeta a razón, o que no se pueda llegar hasta el develamiento de las raíces profundas de estas conductas, a primera vista, paradójicas o inmotivadas.

En la cultura occidental, que es una cultura burguesa, las explicaciones literarias se toleran; las sociológicas, no. Hablar del “demonio de la perversidad” es de buen gusto, o como decimos hoy, “políticamente correcto”, pero no lo es hablar de plusvalía, explotación del hombre por el hombre, lucha de clases, o imperialismo. Se tolera, en fin, lo inofensivo o ambiguo y se censura o desacredita lo exacto, lo eficaz, lo capaz de sedimentar el saber que precede a la transformación de la realidad.

A nadie debe asombrar que el mundo postmoderno haya literaturizado la política y despolitizado la literatura. Tampoco que se haya coronado al psicoanálisis, condenando al destierro a la economía política. Puede manipularse el saber de una época, pero el malestar de la sociedad no se agota con ello.

¿Qué sabemos nosotros –había dicho– del mundo y del universo que nos rodea? [preguntaba Lovecraft en “Desde el más allá”]. Vemos las cosas solo según la estructura de los órganos con que las percibimos, y no podemos formarnos una idea de su naturaleza absoluta [...].

¿Ves a esos seres que flotan y aletean en torno tuyo y a través de ti, a cada instante de tu vida? ¿Ves las criaturas que pueblan lo que los hombres llaman el aire puro y el cielo azul?⁶

Cuando se pierde la ingenuidad o la esperanza, cuando se vislumbran los abismos terribles de barbarie que se disimulan con la escenografía de una sociedad en apariencia progresista y racional, aparece el horror, el horror total que tanto atormentaba a Lovecraft: “La vida es una cosa espantosa –escribió– y detrás de lo que nosotros sabemos de ella acechan verdades demoníacas, que, a veces, la hacen doblemente espantosa”.⁷

Para Poe y Lovecraft, se entiende, “eso”, lo demoníaco, se barruntaba, resistiéndose a toda definición, o anidaba en oscuros instintos humanos inexplicables, pero dominantes. Para Marx y Martí, por el contrario, no solo se podía describir, sino que era imperativo de una nueva época su erradicación mediante la lucha social, pues el verdadero origen de la maldad radicaba en las estructuras sociales injustas.

Entre estas dos posturas, separada de ellas, pero enlazándolas, se deja oír la voz de Sigmund Freud comentada por Herbert Marcuse en su imprescindible *Eros y civilización*:

Según Freud, la historia del hombre es la historia de su represión. La cultura restringe no solo su existencia social, sino también la biológica [...]. Sin embargo, tal restricción es la precondition esencial del progreso [...].

El animal hombre llega a ser humano transformando su naturaleza primaria [...]. Lo que la civilización domina y reprime (las exigencias del principio del placer), siguen existiendo dentro de la misma civilización. El inconsciente retiene los objetivos del vencido principio del placer. El retorno de lo reprimido da forma a la historia prohibida y subterránea de la civilización.⁸

Tenemos, de un lado, estructuras de explotación e injusticia basadas en un desigual acceso a la propiedad. Del otro, un culto desproporcionado a la riqueza, en menoscabo de lo espiritual y cultural. Más allá, un debilitamiento de lo civilizatorio que propicia la afloración incontrolada de los instintos animales de retribución ilimitada del placer y la violencia. Y para terminar, esfuerzos febriles por ocultar bajo la alfombra las causas que provocan esta corrosión ubicua, esta infinita inquietud indefinida, este malestar, aparentemente inexplicable, de toda la sociedad.

Es, entonces, cuando llegamos a Michael Moore, conciencia crítica, postmoderna e irreverente, de una sociedad que ha dejado de estremecerse por los llamados a su transformación y por los exorcismos literarios de su mala conciencia. Veamos la opinión que le merece la sociedad en que vive:

Todos sabemos algo que somos incapaces de confesarnos: estamos ante un Estado policial en ciernes que se acerca a la pesadilla orwelliana de la mano de una fuerza mucho más eficaz que la Policía del Pensamiento: la policía empresarial. Mientras el gobierno hace redadas de ciudadanos con aspecto de árabes y los encierra sin cargos, la élite empresarial se entretiene idiotizando al pueblo.⁹

De esta manera, tras leer a los autores citados, poco queda de la imagen heroica y progresista que de sí misma insiste en vendernos la sociedad norteamericana. Es lógico pensar que tales autores son escasamente leídos por las élites de poder del mundo globalizado, pues estas insisten en imitar a la misma sociedad que estremecía de horror a Poe y Lovecraft y que hoy sigue estremeciendo, de igual manera, a Michael Moore:

Si les entretiene ver cada mes un tiroteo en escuelas y centros de trabajo yanquis, si les parece que el hecho de que la tasa de mortalidad infantil en algunas ciudades supere a la de Nairobi es señal de progreso, si quieren vivir en un mundo en el que van recortándose progresivamente las libertades civiles, sigan nuestro ejemplo. De este modo [...] les invitaremos regularmente a participar en nuestras tentativas de

explotar a los pobres de otros países para que todos podamos llevar zapatillas deportivas bien baratas [...].¹⁰

Un rictus de horror, en efecto, se deja adivinar, cada vez con mayor nitidez, desfigurando el bello rostro que se mira al espejo. Un desasosiego inocultable recorre el espinazo de los que han crecido creyendo que residen en el mejor de los mundos posibles, un mundo escogido por Dios para mostrar al resto de los hombres cómo se debe organizar la vida social.

“¿A dónde irán?” –se preguntaba Martí.

“Para nosotros –responde Michael Moore–, es posible que ya sea demasiado tarde”.¹¹

Las instrucciones de Breckenridge

Si en la “Introducción” de este libro he aceptado como cierta la fecha que ubica a finales de diciembre de 1897 el polémico “Memorandum Breckenridge” ha sido, solamente, para establecer un paralelo entre aquel abuelo decimonónico y su nieto de hoy: el “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”.

En realidad, cuando se discute aún el carácter apócrifo del primero, ¿podría quedar fuera de duda razonable la fecha en que se afirma fue escrito?

No estamos ante un problema menor: de dicha fecha depende mucho, en primer lugar, definir con cierto grado de certeza la premeditación con la cual se preparó la guerra de 1898 contra España, la misma que hizo de los Estados Unidos un imperio. Y en segundo lugar, la posibilidad de arrojar cierta luz sobre la misteriosa explosión del *Maine*, en el momento exacto, de la forma precisa, en el lugar adecuado, para los fines deseados.

La conciencia histórica norteamericana se rebela ante la sola mención de que semejante catástrofe –causante directa de 266 muertes entre marinos y oficiales de la tripulación del acorazado y de la pérdida del propio buque–, se haya debido a una autoagresión destinada a provocar la guerra contra España, por motivos geopolíticos.

Pero los hechos históricos, sin excluir la reciente agresión contra Iraq, apuntan a que, llegado el momento de las decisiones,

un pretexto creíble y honorable, de los que levanta el ánimo de las masas desinformadas, las hacen vibrar de falso patriotismo y entregarse sin reservas al gobierno de turno, forma parte del arsenal de recursos infinitos de todo imperio que se respete.

“Llamaría bien empleadas a las crueldades, –pontifica Nicolás Maquiavelo en *El príncipe*– [...] cuando se aplican de una sola vez por absoluta necesidad de asegurarse y cuando no se insiste en ellas [...]”.¹²

Esta cita resuelve cualquier dilema moral a que pudieran haberse visto abocados quienes deciden en los Estados Unidos las políticas imperiales. No veo obstáculo razonable para aceptar la posibilidad de que la creación de un pretexto creíble y honorable para desatar una guerra de conquista, sea un recurso imaginable en manos de quienes jamás han sido detenidos en sus planes por el planteamiento de dilemas morales diferentes al color de la corbata a elegir para presentarse en la televisión el Día de la Independencia.

Las llamadas “teorías conspiratorias” para explicar sucesos históricos no son ninguna novedad. Quizás la más antigua aparezca en el “Viejo Testamento” al atribuir a la maligna intervención del Diablo, transformado en serpiente, el que Eva aconsejase a Adán morder la manzana del “Árbol de la Ciencia”, único fruto que les había sido prohibido en el jardín del Edén. De esta manera, el Pecado Original, la rebeldía de las criaturas ante su Creador y su consiguiente expulsión del Paraíso se explican por la intervención de un agente maligno.

La aparente explicación “racional” de un suceso confuso, el desenmascaramiento de los “verdaderos culpables” que actúan desde las sombras, suele acallar todas las dudas. Hechas las aclaraciones pertinentes, ya que hablamos de religión, Tomás de Torquemada, el Gran Inquisidor, podría seguir quemando herejes con la conciencia tranquila: el Diablo era el culpable de cualquier pecado. A fin de cuentas, desde el Pecado Original, todos somos culpables: en la tierra, paz y en el cielo, gloria. Amén.

Pero en política, a través de la historia, las cosas suelen ser algo más complicadas. El artículo dedicado a las “Teorías Conspirativas” de la *disinfopedia*, o *Enciclopedia de la Propaganda* (www.disinfopedia.org), establece:

Una de las más conocidas técnicas de desinformación radica en lo que pudieramos llamar “negación de las teorías

conspirativas” [...]. La tendencia a construir teorías conspirativas bien elaboradas es el resultado del inadecuado acceso a información confiable [...]. En muchos casos, tales conspiraciones son el fruto de la imaginación popular, pero en la actualidad existe el problema inverso: la mayoría de las decisiones que afectan la vida de los seres humanos son tomadas por actores (sobre todo, las elites de las grandes corporaciones), cuyas motivaciones y acciones se mantienen por completo veladas para el público. Hoy, a los políticos electos raramente pertenece la mayor parte de las decisiones que nos conciernen. Incluso estos últimos suelen tomar decisiones que no se explican si no es a través de la teoría de que son manipulados por fuerzas secretas [...].¹³

Una de las armas más socorridas para desacreditar a quienes no se contentan con las explicaciones de los sucesos históricos o políticos que aparecen en los diarios es acusarlos de estar enfermos, especialmente, de esquizofrenia paranoide. El autor del artículo señala que todo espíritu independiente, crítico, indagador, debe ser aislado del gran público:

Tales estrategias de desinformación permite a estos actores continuar en su tarea. Con el estigma colgado a las teorías conspirativas —a partir de los asesinatos políticos de los años 60—, el público se inclina, generalmente, por aceptar las explicaciones de los eventos que ofrecen el FBI o los medios de comunicación. En nuestro días es extremadamente popular la falsa percepción de que las conspiraciones no existen, con la notable excepción de aquellas que se puedan atribuir a enemigos de los Estados Unidos, al estilo de Osama Bin Laden.¹⁴

¿Cuándo se consagran como teorías comprobadas o se desechan como puras teorías especulativas, algunas de estas “teorías conspirativas”? En el artículo se lee:

Las teorías conspirativas tienen una vida limitada. Su existencia dura tanto como tardan sus defensores en acceder

o no a la información necesaria para probarlas o refutarlas, por ejemplo, a documentos auténticos. Tan pronto como una teoría conspirativa es confirmada, deja de serlo y se convierte en un hecho histórico. Cuando hay evidencias suficientes para rechazarla, se le relega al basurero de la historia.¹⁵

Entre ambas posibilidades, aceptemos el reto que se formula y retornemos a las “Instrucciones de Breckenridge” y al “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” (PNAC).

A la luz de las “teorías conspirativas”, ¿pueden ser considerados ambos documentos como evidencias de que las guerras que “predijeron” fueron provocadas en el marco de una estrategia geopolítica imperialista, sin que sus artífices se detuvieran ante los costos humanos?

Comencemos por las “Instrucciones de Breckenridge” (Ver texto completo en Anexo 1).

El supuesto texto de este documento fue “filtrado” a la prensa alemana, específicamente al periódico *Allgemeine Zeitung*, de Berlín, que fue el primero en publicarlo, al parecer y según fuentes españolas, el 22 de abril de 1898, tres días antes de que la guerra fuese oficialmente declarada a España por los Estados Unidos.

Las polémicas de los historiadores comienzan aquí, alrededor de la pregunta ¿dónde se publicó por primera vez?

Para el historiador norteamericano Thomas M. Spaulding, el primero que en abril de 1934 escribió refutando su autenticidad, la referencia más antigua al documento aparece en el libro del español Juan Ortega Rubio, *Historia de la Regencia de María Cristina de Habsbourg-Lorena*.¹⁶

Según el historiador cubano Gustavo Placer Cervera, también contrario a la autenticidad de las “Instrucciones...”, donde aparecen publicadas por primera vez, exceptuando al supuesto periódico alemán, es en la obra en cinco tomos del capitán de Artillería del Ejército español Severo Gómez Núñez, *La Guerra Hispano-Americana*. En el artículo de Cervera “Reflexiones en torno a un documento controvertido”¹⁷ se demuestra que en marzo de 1900 dicho tomo ya circulaba en La Habana.

Spaulding intentaba refutar con su artículo las afirmaciones de Horatio S. Rubens –brillante abogado norteamericano, colaborador de Martí en el Partido Revolucionario Cubano y luego de la representación en el exterior de la República en Armas, encabezada por Tomás Estrada Palma, que tuvo su sede central en New York y una importante Legación en Washington–. Dos años antes de la publicación del artículo de Spaulding y aunque este la calificase, curiosamente, como “obra de reciente aparición”, Rubens había entregado a los lectores un libro titulado *Liberty: the Story of Cuba*, y en sus páginas 343 a 345 había reproducido el texto casi íntegro del “Memorándum...”.

El artículo de Spaulding carece del aparato crítico que debiese haber permitido comprobar las fuentes en que se basó para emitir sus apreciaciones sobre el libro de Rubens. Sus objeciones aspiran a ser tomadas como buenas por el solo hecho de haberlas emitido el comentarista. Cualquier lector medianamente informado compartirá conmigo la impresión de que estamos en presencia de una refutación apresurada y endeble, hecha por encargo y con un retraso de dos años. Tres investigaciones anteriores publicadas por este autor sobre otros temas, incluyen un detallado listado de autoridades y un impecable aparato crítico.¹⁸

En los meses anteriores a la aparición del artículo de Spaulding, la situación en Cuba era de extrema inestabilidad política. En agosto de 1933, vientos revolucionarios y antimperialistas soplaban por todo el país y parte del hemisferio, tras el derrocamiento del tirano Gerardo Machado. Cualquier documento histórico que fundamentase estas posiciones era ampliamente utilizado por las fuerzas y los intelectuales cubanos de avanzada. Es de suponer que el “Memorándum...” fuese especialmente invocado por aquellos días. El 15 de enero de 1934, el entonces coronel Batista, con la anuencia del embajador norteamericano en Cuba, Jefferson Caffery, derrocaba el Gobierno de los Cien Días que había tomado medidas audaces y, en algunos casos, revolucionarias, bajo el influjo de Antonio Guiteras, secretario de Gobernación.

Precisamente, en marzo de 1934, desde la clandestinidad y mientras organizaba la lucha contra los golpistas, Guiteras enviaba a la revista *Bohemia* el artículo “Septembrismo”, publicado por esta el 1º de abril. En él se condensan los aires políticos que

soplaban en Cuba en el mismo mes en que Spaulding publicaba su refutación:

Nuestro programa [expresa Guiteras, refiriéndose al gobierno de Grau] no podía detenerse simple y llanamente en el principio de la No Intervención. Tenía que ir forzosamente hasta la raíz de nuestros males: al imperialismo económico [...]. Ante los decretos que, como enormes martillazos iban rompiendo lentamente esa máquina gigantesca que ahoga al pueblo de Cuba, como a tantos otros de América Latina, aparecían en escena para combatirnos, todos sus servidores nativos y extranjeros [...].

Un estudio somero de la situación político-económica de Cuba, nos había llevado a la conclusión de que un movimiento que no fuese antimperialista en Cuba, no era una revolución.¹⁹

La difícil y nada envidiable tarea de contrapropaganda tuvo que ser encargada a alguien como Spaulding, un historiador menor de las Universidades de Michigan y Hawai, conocido apenas por sus investigaciones acerca de los terrenos reales, los gabinetes de gobierno y la constitución de esta república, un folleto sobre el club “Cosmos”, una compilación sobre libros militares en las universidades americanas y otro sobre la Sociedad Literaria en la paz y en la guerra. No se le conoce obra alguna, ni escrito posterior, que pueda fundamentar un interés o conocimiento sólido acerca de la historia de Cuba.

Según Spaulding:

Mr. Rubens no autentica la existencia del documento. No debió considerarlo dudoso, pues de lo contrario hubiese intentado verificarlo. Pero no existe tal documento en la Secretaría de la Guerra, donde se le ha buscado más de una vez. No se conoce cuándo, por qué, ni por quién fue redactado. Se le ha seguido la pista, hasta 1906 [...].

La Secretaría de la Guerra oyó hablar de este documento, por primera vez, en 1908, cuando el Secretario de Estado le envió el recorte de un periódico de Santo Domingo que

contenía el texto íntegro del citado documento, en español –Mr. Rubens reproduce una versión en inglés, ligeramente abreviada– y cita al 24 de diciembre de 1897, como fecha [...].²⁰

En el propio artículo de Spaulding se citan cinco fechas y periódicos diferentes de países latinoamericanos donde dice apareció el documento, siempre “[...] acompañado de un editorial fuertemente hostil a los Estados Unidos [...]”.²¹

Después de enumerar sus reparos, Spaulding concluye: “Las evidencias que se tienen, por lo tanto, no indican sino que el documento fue escrito en algún momento no antes de 1900 y no más tarde de 1906. Las razones de su elaboración pueden solo conjeturarse”.²²

Búsquedas en Cuba y en diferentes países no han permitido ubicar los ejemplares de los periódicos que Spaulding cita, con excepción del *El Día*, de Valparaíso, correspondiente al 11 de octubre de 1912, pero hurgando en la obra *Doctrinas jurídicas* del destacado abogado cubano Mariano Aramburo, puede encontrarse lo siguiente:

Testimonio de mayor claridad y de valor insuperable, por su carácter reservado, es el texto de las instrucciones dirigidas al jefe del ejército de operaciones por la Secretaría de la Guerra, en abril de 1897, un año antes del ultimátum enviado a España.*

Copia de ese documento, cuya factura y estilo no dejan duda alguna acerca de su autenticidad, llegó a mis manos a fines del año siguiente. Al publicarlo ahora por primera vez [...].²³

Nos encontramos, en consecuencia, ante una revelación que desarma las líneas esenciales de las refutaciones de Spaulding.

De ser ciertas las afirmaciones de Aramburo, el documento en cuestión llegó por primera vez a las manos de alguien que lo reconoce públicamente, a finales de 1898. Nótese que no hace

* Lo que aparece destacado en tipografía diferente es un subrayado del autor, a menos que se indique lo contrario.

referencia al ejemplar de un periódico, sino a una copia del documento original. Así no actúa un falsificador de evidencias documentales.

Un destacado literato y lingüista, como lo fue Aramburo, presidente de la Academia Cubana de la Lengua, miembro de la Academia Nacional de Artes y Letras y del Ateneo de La Habana, es una voz autorizada a tener en cuenta, cuando afirma que “[...] la factura y estilo [del documento] no dejan lugar a dudas acerca de su autenticidad [...]”.²⁴

La fecha del documento que cita Aramburo brinda, una explicación racional a lo difícil que ha sido, hasta el presente, hallar el documento original, suponiendo, angelicalmente, que uno de este tipo se conserve en los archivos de la Secretaría de la Guerra: los investigadores han buscado en el mes errado.

Aramburo cita, como fecha de la copia a la que tuvo acceso, la del 2, 4, de 1897, o sea, abril, mientras que la mayoría de los autores lo ubican en 24, 12, de 1897, o sea, diciembre. De cualquier manera, y teniendo en cuenta que los norteamericanos escriben en las fechas primero el mes y luego el día, no sería osado pensar que la fecha correcta podría ser la del 4 de febrero de 1897 (2-4-1897), pues así es como la copia Aramburo, al transcribir textualmente el documento.²⁵

Otro detalle interesante podría aportarse: Aramburo fue, en 1912, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Cuba en Chile. ¿Será una casualidad que su presencia en este país coincida con la publicación en la prensa de Valparaíso de una versión del documento? De aceptarse como válida esta hipótesis, tendremos que convenir en que no es compatible la posición de un diplomático de alto nivel con la de un irresponsable calumniador capaz de usar para sus fines los periódicos del país ante cuyo gobierno se encuentra acreditado, con el consiguiente peligro de ser desmentido.

Las objeciones de Spaulding dependen en su totalidad de la fecha del documento que aceptemos como válida. Si aceptamos la de Aramburo (abril de 1897), el secretario de la Guerra era Daniel Scott Lamont, quien comenzó a desempeñar el cargo bajo la presidencia de Grover Cleveland, el 5 de marzo de 1893 y lo hizo hasta el 5 de marzo de 1897, bajo la presidencia de McKinley. Si

aceptamos la de diciembre, el secretario de la Guerra era Rusell A. Alger, quien se desempeñó entre el 5 de marzo de 1897 y el 1° de agosto de 1899, a las órdenes de McKinley. El ayudante general del Secretario, a través de cuya oficina se supone se emitieron las “Instrucciones...” tampoco era el mismo: en la primera fecha el cargo lo ocupaba Samuel “Sam” Breck; en la segunda, Henry Clark Corbin, quien asumió sus deberes en febrero de 1898. En cuanto al inspector general, en ambas fechas era la misma persona, el general Joseph Cabell Breckenridge, quien ocupaba el cargo desde 1885. En este caso concreto, dadas las relaciones existentes entre estas tres instancias del alto mando, las personas desempeñaban un papel muy importante, más allá de su cargo jerárquico.

Lo dicho sirve para responder a la siguiente objeción de Spaulding: “El General Breckenridge era Inspector General del Ejército. ¿Cómo es posible que el Inspector General pueda firmar instrucciones dirigidas al General en Jefe, o en lugar del Secretario Adjunto? Esto pudiera parecer insignificante para un lego, pero una mente burocrática se estremecería de horror con solo pensarlo”.²⁶

Pero en los Estados Unidos, a la par de las jerarquías militares juegan un papel muy importante las relaciones políticas, los grupos de *lobby** y presión, los clanes familiares y los intereses de los monopolios y las grandes compañías. Esta realidad pudo haber permitido que, en el caso de las “Instrucciones...” y de tantos otros documentos confidenciales y secretos, los niveles jerárquicos no se respetasen. Veamos:

Según James L. Yarrison, en su libro *The US Army in the Root Reform Era, 1899-1917*:

- 1- [...] la estructura básica de la Secretaría de la Guerra había sido establecida por el secretario John C. Calhoun, tras la guerra de 1812. En ella existían dos elementos separados entre sí, el *staff* departamental, que servía directamente a las órdenes del Secretario, y el ejército de línea dividido en distritos geográficos, a las órdenes de comandantes profesionales.

* Grupo de presión, especialmente política, constituido por personas influyentes.

- 2- El *staff* departamental [...] consistía en un grupo de jefes de buroes autónomos que respondían ante el Secretario por el manejo de servicios y funciones especializadas. Hacia 1890 los buroes principales eran el Departamento del Auditor General, el Departamento del Inspector General, el Departamento del Ayudante General, el Departamento del Cuartel Maestre, el Departamento de Suministros, la Pagaduría General, el Departamento de Sanidad, el Cuerpo de Ingenieros, el Departamento de Armamentos y el Cuerpo de Señales. Mientras los dos primeros eran departamentos asesores del Secretario, los otros combinaban funciones de Estado Mayor y comando.
- 3- El militar titular que dirigía los departamentos geográficos del ejército era el Comandante General, cargo creado por Calhoun, sin un visto bueno congresional que definiese sus deberes, funciones y relaciones con los buroes, el Secretario y el Presidente [De esta ambigüedad surgían constantes fricciones e incidentes entre los diferentes niveles de mando.]
- 4- El Comandante General, ni de hecho, ni por ley, era el Comandante en Jefe del Ejército [...]. Constitucionalmente, el Presidente era el Comandante en Jefe y muchos, incluyendo a Madison, Jackson, Polk y Lincoln ejercieron directamente el mando o lo hicieron a través del Secretario de la Guerra, no del Comandante General [...].²⁷
- 5- [Según Graham Cosmas en su obra *An Army for the Empire: The United State Army in the Spanish-American War*], “[...] el Secretario de la Guerra era un civil, usualmente, un político u hombre de negocios, a través del cual el Presidente ejercía el mando”.²⁸
[Por otro lado, según Yarrison] “[...] todas las órdenes e instrucciones del Presidente o del Secretario de la Guerra relacionadas con las operaciones militares, el control o la disciplina eran proclamadas a través del Comandante General [...]”.²⁹ [Esto pondría en claro la necesidad de que instrucciones como las analizadas fuesen enviadas al Comandante General, para ser puestas en vigor].
- 6- “Una alianza informal entre los Secretarios civiles y los jefes de buroes limitaban el control del Comandante Ge-

neral sobre el Ejército [...]”³⁰ [acota Yarrison, pero Cosmas precisa aún más las relaciones que funcionaban entre bastidores:] Mientras el Comandante General llegaba al cargo por la vía del escalafón, frecuentemente no gozaba de las simpatías del Presidente [...] el Secretario de la Guerra así como el jefe de Personal, sí disfrutaban de dicha confianza. Como resultado de ello, los Secretarios siempre salían triunfantes de los choques con los Comandantes Generales, excluyéndolos de las cadenas de mando y ejerciéndolo a través del Ayudante General.³¹ [Esto explicaría el papel decisivo de los Ayudantes Generales, más allá de lo que podría suponerse, pasando las decisiones del Presidente al Secretario; de este a su Ayudante General y de ahí al Comandante General].

- 7- El desmedido poder, en la práctica, de los Ayudantes Generales, según Cosmas, era el resultado de “[...] la división de autoridad existente en la Secretaría de la Guerra, combinada con la ausencia de un *staff* militar central (Estado Mayor). Esta oficina era la encargada de la transmisión de órdenes, correspondencia, records personales, reclutamiento, movilización de tropas y la inteligencia militar [...]”³² en resumen, una concentración de poderes y funciones nada despreciables. No debe extrañarnos que, como señala Cosmas, “[...] algunos Ayudantes Generales redactaban y enviaban órdenes por propia iniciativa, sin consultar antes a sus superiores jerárquicos nominales”³³.
- 8- [Cosmas plantea:] Dentro del propio *staff* (o sea, de los departamentos controlados directamente por el Secretario de la Guerra), el Inspector General desafiaba con frecuencia la supremacía del Ayudante General. Su Departamento, bajo las órdenes tanto del Secretario como del Comandante General, cumplía funciones de Estado Mayor al inspeccionar las tropas. Procurando jugar un papel mayor en el mando del Ejército, el Inspector General luchaba por legislaciones que ampliasen y fortaleciesen su buró y combatía al Ayudante General en disputas acerca de la jurisdicción administrativa [...]. A finales de los 90, el Inspector General

se aliaba con el Comandante General, mientras que el Ayudante General lo hacía con el Secretario de la Guerra. Respaldo por la influencia política superior del Secretario, el Ayudante General repelía fácilmente los ataques.³⁴

En medio de este complejo panorama, ¿puede alguien asombrarse de que las órdenes y las indicaciones oficiales pudieran impartirse a través de canales nada ortodoxos, o que las alianzas y los intentos deliberados de golpear al rival contribuyesen a desquiciar las ordenanzas y regulaciones, llegando hasta el extremo de, como diría Spaulding, “hacer estremecer de horror a las mentes burocráticas”?

Se responde también al reparo de Spaulding señalando que el general Breckenridge era el decano de todos los jefes de buroes, incluso del Secretario de la Guerra, del Ayudante General y del Comandante General. Nombrado desde 1885, superaba en seis años en el cargo al otro jefe de buró más antiguo, el general Daniel Webster Flager, jefe de Armamento, en diez a Miles, en doce a Alger y en trece a Corbin. Esto no constituye un dato menor: como bien señala Yarrison: “[...] mientras los Secretarios iban y venían, el poder residía en los jefes de los buroes, los que, al no existir un sistema de retiro, se mantenían en sus puestos de manera vitalicia o hasta que renunciaban [...]. Los jefes de buroes tenían gran influencia en el Congreso, mucha más que los Secretarios de paso y los oficiales de línea”.³⁵

Y se podría agregar un dato más, nada despreciable: la influencia y el poder que detentan en los Estados Unidos ciertos clanes políticos, dentro de los cuales, el de los Breckenridge es uno de los más antiguos. Este dato es útil para entender que un memorándum enviado por alguien como el general Joseph Cabell Breckenridge, suponiendo que a él perteneciese la autoría, debió tener un efecto especial sobre cualquier destinatario de su época, jerárquicamente superior o inferior a él:

– Según aparece en la web *The Political Graveyard*,³⁶ de Lawrence Kastenbaum, 436 grupos familiares norteamericanos han tenido o tienen, entre sus miembros, más de tres figuras relevantes en la política nacional, unidos por la sangre, los matrimonios o las adopciones.

El Apocalipsis según San George

- De todos ellos, uno de los más antiguos es el de los Williams-Breckenridge-Clay, presente en la política desde 1731 y el segundo de toda la lista en cuanto a miembros, con un total de 83, solo superado por el de los Harrison-Lee-Fish, con 137.
- En la Biblioteca del Congreso, la papelería de la familia Breckenridge, generada entre 1752 y 1965, ocupa 263 pies lineales de estantería, abarcando 205 000 documentos. Entre ellos, los pertenecientes al general Joseph Cabell Breckenridge suman 55 000 documentos. Estamos en presencia de una figura político-militar silenciosa, pero no callada.
- El general Joseph Cabell Breckenridge había nacido en Baltimore, Maryland, el 14 de enero de 1842, en una familia de políticos, predicadores y militares de relieve nacional, tanto por la rama paterna como materna. Hijo del eminente teólogo Robert Jefferson Breckenridge y nieto del senador John Breckenridge, quien fue fiscal general en el gabinete de Jefferson, descendía por la vía materna de los generales Francis Preston y William Campbell, el “Héroe de King’s Mountain”. Entre sus ancestros se encontraban cuatro destacados participantes en la Guerra de Independencia de las Trece Colonias. Era primo, por la rama paterna, del mayor general John Cabell Breckenridge, electo vicepresidente de los Estados Unidos en 1856, bajo la presidencia de Buchanan y secretario de la Guerra de la Confederación, bajo la presidencia de Jefferson Davis. El Inspector General del Ejército estaba emparentado con las familias más importantes de su país, la mayoría de ellas conservadoras, muy en especial con las que constituían el tronco central del clan Breckenridge, asentadas en Kentucky.
- Durante siete años, de 1892 a 1897, el general Breckenridge fungió como vicepresidente nacional de la asociación patriótica “Sons of the American Revolution”, llegando a ser su presidente, en mayo de 1900. Fue también miembro prominente de la “Loyal Legion”, “The Society of the American Wars”, “The Naval and Military Order of the Spanish-American War”, “The Military Order of Foreign Wars in the United States”, “The Society of the Army of Tennessee” y la “Society of the Army of Santiago

de Cuba”. Como regla, estas asociaciones son un reservorio del pensamiento norteamericano más conservador y son muy activas en la defensa de valores tradicionales.

- El patriotismo del *establishment*,* encarnado en una figura como el general Breckenridge, era muy propenso a apoyar la superioridad de los valores americanos y de sus símbolos. Sobre este fértil terreno floreció la tendencia expansionista de 1898 y el imperialismo tuvo en las “Instrucciones...” una de sus más tempranas declaraciones de principios. El 31 de diciembre de 1899, el congresista Robert R. Hitt, entonces presidente del Comité de Asuntos Extranjeros del Congreso, acusaba recibo de un proyecto de ley enviado por el general Breckenridge “Para evitar las profanaciones a la enseña nacional”, el cual estipulaba multas y penas de prisión para individuos o grupos que utilizasen la bandera para fines políticos o comerciales. Por entonces, otro furibundo expansionista, el senador Henry Cabot Lodge haría célebre uno de sus discursos imperialistas bajo el título de “La marcha de la bandera”. En 1908, en uno de sus inflamados discursos anarquistas en San Francisco, Emma Goldman se remitía a Tolstoy al que calificaba como “el gran antipatriota de nuestra época”, definiendo al patriotismo como “[...] la justificación para el entrenamiento de comerciantes asesinos; como un tipo de comercio que requiere mejor equipamiento para la matanza de seres humanos que para satisfacer las necesidades de ropa, calzado y vivienda para todos”,³⁷ y concluye: “el egoísmo y la arrogancia son los elementos esenciales” de aquel patriotismo imperialista.
- No cabe duda que el general Breckenridge, como la mayoría de los jefes militares y navales de su tiempo, era un decidido partidario de la anexión de territorios extranjeros para el engrandecimiento de lo que llamó “República imperial”. En uno de sus discursos, cuyo borrador aparece en la caja 637 de sus papeles depositados en la Biblioteca del Congreso bajo el

* Término inglés que designa a un conjunto de personas, instituciones y entidades que controlan el poder político y socioeconómico en una sociedad.

título de “¿No hay Ejército?”, lo demuestra con la siguiente afirmación:

Esta guerra [la de 1846 contra México], como las precedentes, resultó gloriosa para las armas americanas y otro de sus resultados fue la adición de un extenso imperio a nuestros dominios nacionales; un territorio que unido a nuestros prósperos Estados y dotado con magníficas ciudades progresistas, se ha convertido en hogar para millones de personas libres, patrióticas y felices.³⁸

En otro discurso, bajo el título de “Santiago”, pronunciado a finales de 1898, antes de la firma del Tratado de París y enfrentando el creciente movimiento antimperialista dentro de los propios Estados Unidos, expresó:

Cuando Dewey escribió “Manila” en el mapa de los Estados Unidos, ¿qué mano lo borró?
[...] Como una guirnalda, las islas cayeron en nuestras manos cuando logramos el dominio de los mares [...].
Puerto Rico pasó a ser una de nuestras coronas de laurel y de París llegan hasta la catedral cantos de victoria.³⁹

- En enero de 1899, mediante notificación de la Oficina del ayudante general H. C. Corbin, el Secretario de la Guerra ordenó al general Breckenridge realizar una gira de inspección por Cuba y Puerto Rico, que comprendería 21 guarniciones militares norteamericanas en la primera, y 22 en la segunda. Ya en La Habana el Inspector General, conociendo del escándalo que había estallado por las denuncias de que durante la campaña se alimentó a los soldados con carne enlatada en mal estado, lo cual era investigado por la Comisión Dodge creada por el Presidente, envió dos telegramas oficiales que son muestra elocuente de que alguien como él pudo haber redactado, sin remordimientos, las famosas “Instrucciones...”: el primero, con fecha 28 de enero, dirigido al mayor general Nelson A Miles, comandante general del ejército, que se encontraba en

Washington; el segundo, al mayor general William Ludlow, jefe militar del Departamento de La Habana, con fecha 29 de enero. Los textos de dichos telegramas son los siguientes:

Al mayor general, Comandante del Ejército:

Tengo entendido que una gran cantidad de latas de carne, probablemente procedentes de Puerto Rico, está siendo distribuida a los habitantes pobres [de la Habana]. ¿Podría usted ordenar al general Ludlow que cierto porcentaje de ellas sea abierto y examinado al distribuirse, aunque sea apenas el uno por ciento, verificando su calidad, las condiciones en que se encuentran y reportándolo, de manera tal que tengamos buen conocimiento de la magnitud actual del problema? Está claro que para aquellos que las reciben, algo comestible es mejor que nada.

Al mayor general Wm Ludlow
Comandante General del Departamento de La Habana.
Señor:

La distribución de alimentos a los pobres de La Habana ofrece la inusual oportunidad de examinar su calidad y conveniencia. ¿Tendría la bondad de brindarme cualquier información que sus oficiales puedan obtener de dicha experiencia, especialmente con las latas de carne, revisando todas las sospechosas y abriendo de manera habitual el uno por ciento de ellas para comprobar el carácter, condición y calidad de su contenido, recogiendo los resultados en partes semanales que permitan a quienes los lean conocer acerca de las conservas y sus efectos sobre los consumidores, el monto de lo examinado y cualquier sugerencia que se desee expresar para introducir cambios en los artículos o raciones que se distribuyen? Posiblemente los embalajes indican el comprador, la fecha y lugar de la compra, así como el transportador y la fecha de producción. La información que se obtenga para fines de febrero será toda la que necesito para mi investigación, si esta excepcional información es recogida consecuentemente.⁴⁰

Estos telegramas no solo ofrecen la prueba de que alguien como el general Breckenridge pudo haber sido el autor de las Instrucciones, sino también que su tono al dirigirse al Comandante General era nada ortodoxo. Cuando le solicitaba emitir alguna orden, lo hacía por puro formalismo, pues sin esperar respuesta, indicaba lo que quería a los subordinados de aquel, directamente, tal y como lo demuestran sus indicaciones a Ludlow.

Si, como pensamos, el documento conocido como las “Instrucciones de Breckenridge” es auténtico, poco importa saber quién fue su autor y por indicaciones de quién fue enviado al Comandante General. Lo realmente importante radica en que demuestra que la necesidad de llegar a la guerra con España y los fines que esta perseguía estaban claramente establecidos dentro del gobierno de los Estados Unidos, desde varios meses antes de la explosión del *Maine*. Si aceptamos esta lógica, la propia catástrofe debe ser examinada bajo un prisma diferente al habitual: poco cabe, en consecuencia, la versión de la explosión interna accidental que desató la catástrofe, y que es hoy la explicación más aceptada.

Los planes militares para actuar en caso de guerra con España existían y habían sido aprobados, al menos, desde 1896. En junio de este año un documento conocido como “Plan Kimball”, y cuyo nombre completo era muy elocuente (“Guerra con España, 1896. Consideraciones generales sobre la guerra, los resultados deseados y el tipo consecuente de operaciones que deberán ser adoptadas”), había sido presentado por el comandante Willian W. Kimball, decano de la Oficina de Inteligencia Naval (ONI), por orden de su jefe, el teniente comandante Richard Wainwright, quien había asumido el cargo en abril de 1896 y convirtió a la ONI en “[...] parte integral y vital del grupo de planes operativos de la Marina debido a sus íntimas relaciones de amistad con el Secretario Asistente de la Marina, Theodore Roosevelt”.⁴¹

No creo casual que en los meses anteriores a la misteriosa explosión del *Maine*, hombres absolutamente identificados con los objetivos imperialistas del “partido de la guerra” de Roosevelt se encontrasen en puestos claves, desde donde incidieron en la marcha de acontecimientos decisivos. Cuando el *Maine* llega a La Habana, el 25 de enero de 1898, el segundo de a bordo será, por extraña casualidad, el propio Richard Wainwright. Tras la explosión, y al

concluir la guerra, lejos de ser castigado por la pérdida del buque puesto a su mando y las 266 vidas de la tripulación, el capitán Charles Sigsbee sería premiado con la dirección de ONI. El propio Roosevelt, en 1901, tras el no menos misterioso atentado cometido por el asesino loco y solitario de turno que costó la vida al presidente McKinley, asciende a la presidencia de los Estados Unidos.

Un singular paralelo podría establecerse entre estos sucesos y los que tuvieron lugar antes y después del asalto al poder por parte de George W. Bush y los ideólogos neoconservadores del “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”, y en especial con lo ocurrido el 11 de septiembre de 2001 y sus consecuencias para el mundo.

Un paréntesis para el secreto

La reconstrucción de la ruta seguida por individuos o grupos políticos que han influido sobre la marcha de la historia universal es una tarea sumamente compleja, a pesar de que casi todas las sociedades modernas proclaman su adhesión a los principios capaces de garantizar la conservación y el acceso público a los archivos históricos y documentales.

En realidad, tal y como ocurría hace siglos, los documentos claves para entender cómo se gestan los procesos políticos y qué fuerzas actúan tras ellos, continúan guardados bajo siete llaves, como se hacía entonces en las Cámaras del Secreto.

Me refiero, por supuesto, a lo escrito, que siempre es infinitamente menor que lo hablado y que lo conservado, que es también mucho menos que lo destruido.

“El recurso del secreto ha sido considerado a lo largo de la historia la esencia del arte de gobernar —escribe en uno de sus artículos Norberto Bobbio—. La expresión ‘*arcana imperii*’ [secretos del poder], que hoy suena siniestra, se remonta a Tácito [...]”.⁴²

Elías Canetti, en su libro *Masa y poder*, citado por Bobbio, aporta una de las más exactas descripciones de cómo funciona la simbiosis entre el poder y el secreto:

El poderoso que se sirve del secreto lo conoce con precisión y sabe apreciar su importancia en las diversas circuns-

tancias. Entiende lo que debe hacer cuando desea obtener algo y sabe a cuál de sus colaboradores puede utilizar para ello. Tiene multitud de secretos [...]: a esta persona le confía un secreto, a aquella, otro, y busca la manera de que los depositarios de algunos misterios no puedan intercambiar entre sí. Quienquiera que sepa algo es vigilado por otro, que a su vez, ignora el secreto del individuo al que custodia. Por consiguiente, solo el poderoso tiene la llave de todo el conjunto de secretos, y se siente en peligro cuando tiene que compartir eso con alguien más.⁴²

La nominación por el presidente Bush, el 8 de abril de 2004, de Allen Weinstein para el cargo de director del Archivo Nacional de los Estados Unidos, levantó una ola de oposición y suspicacia dentro del país y fuera de él, y volvió a poner sobre el tapete el tema del secreto de Estado aderezado con ejemplos históricos.

Un editorial de *The Nation*, aparecido una semana después de que se diese a conocer la nominación de Weinstein, no se anda con rodeos en cuanto a lo que, en su opinión, se esconde tras la propuesta de Bush:

¿A quién corresponde controlar el acceso a los archivos de la comisión que investiga el 11 de septiembre, cuando en agosto concluya su trabajo? Los records de la comisión se depositarán en el Archivo Nacional [...]. El cargo de director del Archivo Nacional es crucial para una sociedad democrática: a él corresponde preservar nuestra historia y posibilitar el acceso del público a los records gubernamentales, por lo que debe abogar siempre por la mayor apertura posible.⁴⁴

Precisamente por no llenar esta última exigencia la nominación ha chocado con la repulsa general del gremio de archiveros, historiadores, académicos, bibliotecarios y de la prensa. La procedencia de Weinstein y su currículum arrojan serias dudas sobre su idoneidad para el cargo, pero a la vez, una gran claridad acerca de las razones verdaderas de la propuesta adelantada por Bush, en estos precisos momentos. Un comunicado de cinco importantes

asociaciones profesionales –dado a conocer un día antes de publicarse el editorial en *The Nation*– denuncia:

Antes de darse a conocer esta nominación no hubo consultas con las organizaciones de archiveros ni historiadores. Es la primera vez, desde que el Archivo Nacional y Administración de Records fue establecida como una agencia independiente, que el proceso de nominación del director en los Estados Unidos no ha estado abierto a la discusión pública.⁴⁵

¿A qué obedece este afán desbocado de conservar secretos en manos de una administración cuyo Presidente puede alegar desconocimiento de casi todo, menos de la importancia que tienen los documentos de archivos y las fuentes primarias de la información? Baste decir que Bush tiene a una bibliotecaria en casa, pues esa es la profesión de la Primera Dama.

¿Por qué arriesgarse a la apertura de un nuevo frente de batalla en la arena doméstica, cuando la administración se halla virtualmente asediada por escándalos y críticas vinculadas con el 11 de septiembre y la guerra en Iraq?

Precisamente por eso: se arriesga algo en una escaramuza administrativa, táctica, como esta, para intentar salvar todo lo posible en la dirección estratégica. Se trata de un viejo truco fariseico. La jactancia sobre valores y principios de los cuales hacen gala los gobernantes norteamericanos cuando afirman que son consustanciales a su sistema “democrático” de gobierno y a la exaltación del paradigma de Actas como el que rige desde 1984 la labor del Archivo Nacional, conocida como Ley Pública 98-497, vienen acompañadas de una bien reprimida mueca de rabia y contrariedad: el acceso y la apertura no son propias de sus actuaciones, sino conquistas arrancadas al sistema por la lucha de fuerzas progresistas, resistentes a las tendencias totalitarias y secretistas que dominan el escenario político de ese país. No en vano pertenece a un presidente como Ronald Reagan la promulgación, a regañadientes, de dicha Acta y a otro, como Bush Jr.,* el intento, en el 2004, de mediatizar su aplicación mediante un plumazo palaciego.

* George W. Bush.

El editorial de *The Nation* denuncia:

El intento de Bush forma parte de un antiguo propósito de expandir todo lo posible el secreto dentro de la Casa Blanca, el cual ha comenzado con su lucha por ocultar los nombres de los miembros de la Comisión de Energía de Cheney, y continuado con los esfuerzos recientes para impedir que la Comisión del 11 de septiembre revele documentos, como el ahora famoso *briefing* diario presidencial del 6 de agosto de 2001.⁴⁶

Otra razón oculta para la extraña nominación de Weinstein reside en el hecho de que en enero de 2005 se cumplen los doce años reglamentarios durante los cuales la documentación del período presidencial de Bush padre no pueden ser abiertos al público, de acuerdo con el Presidential Records Act, lo cual significa que, a partir de esa fecha podrán ser examinados por los investigadores y el público general. Tampoco debe obviarse que, si Bush Jr. no hubiese sido reelecto y Kerry lo hubiera sustituido, se le habría hecho difícil cesar en su cargo a Weinstein, en caso de ser confirmada su nominación por el Senado, pues podría ser acusado de “politizar” ese nombramiento y de intentar poner en su lugar a algún otro especialista afín a su línea partidista.

La propuesta de Weinstein, obviamente, no obedece a ninguna casualidad. Así lo demuestra su historial, comentado en el editorial:

Las audiencias de confirmación del Senado son esenciales porque el récord de Weinstein es malo, especialmente en lo relacionado con el acceso a documentos. Su libro *The Haunted Wood*, de 1999, fue muy criticado por el manejo que hizo de la información de archivo. Su editor pagó por el acceso exclusivo a archivos soviéticos y a nadie más se le ha permitido comprobar los documentos que cita [...]. Eso, al parecer, constituye una violación del Código de Ética del Consejo Mundial de Archivos, que llama a facilitar el “mayor acceso posible a los documentos”. Su primer libro sobre Alger Hiss fue criticado por la retención de documentos motivada por razones políticas: Weinstein se negó a permitir

el acceso a sus entrevistas sobre el caso Hiss a los historiadores que discrepaban con él, lo cual constituye una violación de los estándares de la American Historical Association.⁴⁷

Un artículo del *New York Times* del 20 de abril, de las periodistas Sheryl Gay Stolberg y Felicia R. Lee pone el dedo en la llaga en otro aspecto de la nominación de Weinstein: su procedencia.

El nominado es un antiguo profesor universitario que ha trabajado durante dos décadas para llevar la democracia a países que han sufrido dictaduras.

[...] Mr. Weinstein enseñó Historia en el Smith College, en Boston y en Georgetown antes de crear, en 1985, el Centro para la Democracia, una organización no profesional dedicada a promover y fortalecer la democracia alrededor del mundo. Actualmente trabaja en la Fundación Internacional para los Sistemas Electorales y ha sido asesor del senador republicano por Indiana, Richard G. Lugar, presidente del Comité de Relaciones Internacionales del Senado, quien afirma que Weinstein “[...] ha estado a la vanguardia de una elite de expertos internacionales que ayudó a sembrar la democracia” en países como Filipinas, Europa del Este y la Unión Soviética”.⁴⁸

Para Mark Rosenzweig, bibliotecario y director del Archivo Marxista de los Estados Unidos, el grupo del cual procede Weinstein puede ser caracterizado de otra manera, mucho más clara:

El nominado por Bush para el cargo de director del Archivo Nacional es otro miembro de la mafia intelectual obsesionada con el espionaje durante la Guerra Fría, que incluye a James Billington, director de la Biblioteca del Congreso [...].

Esto ubica a Weinstein en el círculo dorado de neo-McCarthyistas al estilo de John Earl Haynes, archivista de la Biblioteca del Congreso, Harvey Klehr, Ronald Radosh,

David Horowitz y el propio Billington, personalmente conectado con la CIA [...].⁴⁹

El estudio del Center for Democracy del cual procede Weinstein, puede servir para ilustrar cómo se forma un cuadro del sistema y por qué méritos se le nombra en un cargo, cuando hace falta. Según la página web *disinfopedia* puede caracterizarse de la siguiente manera:

Fue creado en diciembre de 1984. En los últimos siete años ha desarrollado iniciativas en momentos críticos de las transiciones democráticas, sirviendo de puente para el diálogo entre los dos partidos políticos de los Estados Unidos. Miembros del Congreso, figuras públicas y representantes de grandes corporaciones americanas forman parte de su Junta Directiva. Sus principales programas están dirigidos a naciones recién democratizadas y a democracias reemergentes, así como a sus instituciones legislativas y las reformas judiciales que acometen.⁵⁰

Es significativo encontrar, formando parte de la Junta Directiva del Center for Democracy, a empresarios como Robert Livingston, del Livingston Group y a Deborah Ashford, de Hogan & Hotson, junto a políticos de la talla de los senadores Kay Bailey Hutchinson, vicepresidente de la Conferencia Republicana, Richard Lugar, Thomas Pickering, vicepresidente del Comité de Relaciones Internacionales del Senado y Henry Kissinger.

En 1991, Weinstein entregó el premio “International Democracy Award” a Boris Yeltsin, y recibió a su vez, de manos de la presidenta de Nicaragua, Violeta Chamorro, uno por “sus esfuerzos encaminados a la democratización de Nicaragua”. Entre 1982 y 1984 dirigió la investigación que concluyó con la fundación de la National Endowment for Democracy. Desde 1991 y hasta el 2000, el Centro que dirigía envió delegaciones u organizó seminarios para influir sobre la situación de 26 países del mundo, desde Rusia hasta Haití, pasando por China, Turquía, Nicaragua, Guatemala, Polonia, Estonia y Filipinas.

A la pregunta, ¿de dónde sacan sus fondos los tanques pensantes conservadores, al estilo del Center for Democracy?, responde Jill Junnola en su artículo “Who Funds Whom?”, aparecido el 4 de octubre de 2002:

Bajo la presidencia de Reagan la influencia [de los tanques pensantes conservadores] creció por la acción de la Heritage Foundation, American Enterprise Institute, Hudson Institute, Hoover Institute y Cato Institute, que fueron financiados por un selecto grupo de fundaciones afines y *sponsors* corporativos.

[...] el Washington Institute for Near East Policy es financiando por el America-Israel Affairs Committee, que es un *lobby* proisraelí [...].

Solo dos grandes fundaciones y empresas, la Smith-Richardson Found y la Lynde and Harry Bradley, aportaron a estos fines 1 200 millones de dólares [...].

[...] mientras que la Ford Foundation y la Rockefeller Foundation aportaban 10 800 millones y 3 200 millones, respectivamente.⁵¹

Queda claro a quién responde la nominación de Weinstein, las causas que la provocaron y la necesidad de fortalecer el secreto alrededor de la actuación del gobierno de Bush.

Al vencer la oposición de sus críticos y pasar la audiencia senatorial, Bush ha logrado una paz temporal en el importante frente del secreto, pero no es este el único donde peligró su política.

Cada vez son más, dentro y fuera de los Estados Unidos, los que se cuestionan si la doctrina de “guerras preventivas” de la administración Bush —de las cuales son una muestra las agresiones contra Afganistán e Iraq y su pretexto—, lo ocurrido el 11 de septiembre de 2001, no forma parte de un programa geopolítico mucho más abarcador, encaminado a garantizar los intereses y el liderazgo imperial de ese país, tras el fin de la Guerra Fría, de cara a desafíos y peligros que, por primera vez en su historia, no provienen de otra superpotencia ni son todos exteriores, ni ostentan solo carácter militar o económico.

El “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”

El 16 de enero de 2004 correspondió a la escritora hindú Arundathi Roy, autora de *El Dios de las cosas pequeñas*, uno de los discursos en la sesión plenaria de apertura del Foro Social Mundial celebrado en Bombay. Sus primeras palabras causaron extrañeza a muchos, especialmente a aquellos que no estaban familiarizados con la forma de actuar de los tanques pensantes de la extrema derecha norteamericana que allí se denunciaba:

En enero de 2003 miles de nosotros venidos de todo el planeta nos reunimos en Porto Alegre, Brasil, para declarar y reiterar que “Otro mundo es posible”. Miles de millas más al norte, en Washington, George W. Bush y sus colaboradores pensaban de la misma manera. Nuestro proyecto era el Foro Social Mundial; el de ellos, el llamado “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano”.⁵²

Si algunos de los presentes en Bombay hubiese querido saber más acerca del proyecto insignia de la nueva dominación imperialista en las condiciones de la postmodernidad, hubiese podido saciar su curiosidad introduciendo las palabras claves que lo identifican en cualquier buscador de Internet, por ejemplo, el Google. Si el curioso hubiese tenido alguna experiencia en la búsqueda de información en ese universo caótico, de noticias no jerarquizadas ni validadas que es Internet, tras saber que hay más de 6 000 000 de menciones a ese proyecto en la red, probablemente se hubiese detenido en la caracterización que ofrece de él un portal norteamericano llamado *rightweb*:

El “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” es, sin lugar a dudas, el grupo de presión más influyente de la derecha en los Estados Unidos, después del “Comité para el Peligro Actual” que funcionó a fines de los 70 y principios de los 80. Fue fundado en 1997 por dos importantes líderes neoconservadores, William Kristol y Robert Kagan, con el objetivo de hacer retomar a los Estados Unidos el curso abandonado del “liderazgo global”, y promover la política

reaganista de “fortaleza militar y claridad moral”. Su sede se ubica en las oficinas del “American Enterprise Institute”, en Washington DC, que acogen también la sede de su principal órgano de prensa, el *Weekly Standard*. Más que un grupo de presión, el PNAC actúa a manera de puerta batiente de entrada y salida para funcionarios del gobierno, asistentes congresionales, pretendientes neoconservadores y empresarios de instituciones como la Lockheed Martin.⁵³

Recuerdo que tras el fallido golpe de Estado de abril de 2003 contra el presidente venezolano Hugo Chávez, una de las peculiaridades de esa versión postmoderna de los tradicionales pucherazos latinoamericanos que más llamó la atención de los analistas fue que la derecha cavernaria empresarial —que los ha promovido desde siempre para defender sus intereses—, consideró innecesario actuar a través de intermediarios títeres, o apelar a la consabida retórica de “las fuerzas vivas, los militares patrióticos, los valores cristianos amenazados”, etc., imponiendo fugazmente en el poder al Presidente de FEDECAMARAS, o sea, del alto empresariado capitalista neoliberal y apátrida.

Este arranque de cínica sinceridad se basaba en una lógica implacable: ¿para qué invertir en presidentes, costosos empleados de lujo del gran capital, si en las condiciones del mundo unipolar, transparentadas ya las relaciones, antes veladas, entre poder económico y poder político se puede lograr lo mismo, a menor costo? Se intentaba hacer realidad la utopía neoliberal de que en tiempos de globalización los Estados nacionales deben ser, ni más ni menos, que departamentos de relaciones públicas y asuntos sociales de las transnacionales, el verdadero poder tras el trono.

En el caso del PNAC se repite este arranque de soberbia triunfalista, que los neocons llaman nostálgicamente “claridad moral”, como en época de Reagan: sus ideólogos serán los principales funcionarios del gobierno de Bush y a su vez, altos ejecutivos del complejo militar-industrial o de grandes transnacionales, siempre vinculados al sionismo y a los intereses expansionistas de Israel, o lo que es lo mismo, materialmente interesados en gastos militares crecientes y guerras infinitas. ¿Para qué invertir en oficinas costosas si, a fin de cuentas, el PNAC es solo un departamento

estratégico de promoción y ventas de los monopolios representados en el “American Enterprise Institute”?

EL PNAC pretende jugar igual papel que el “Comité para el Peligro Actual” durante la Era Reagan: mantener encendidas las calderas del miedo a los peligros externos, a crecientes amenazas contra los intereses estratégicos de los Estados Unidos, echando mano a cualquier combustible, preferentemente la amenaza del terrorismo y la acción de lo que llama “Estados delincuentes”. Es por ello que usando la concisión pragmática de la cual hacen gala estos empleados imperiales para definir sus objetivos, podemos decir que su entramado teórico y su accionar, en todas las áreas de interés interno o mundial, se reduce a asustar a los funcionarios del gobierno, a los legisladores y a la opinión pública norteamericana para pasar luego el cepillo, a nombre del complejo militar-industrial. Ni más ni menos.

Los fundamentos y objetivos perseguidos por el PNAC desde su surgimiento en 1997 y hasta el presente, así como la política de la administración Bush –que es su exacta y servil plasmación–, se dieron a conocer públicamente el 3 de junio de ese año al divulgarse su “Declaración de Principios”. Esta debe leerse a la luz de constatar que fue proclamada, con sospechosa antelación, cuatro años y tres meses antes del 11 de septiembre y que, como reconoce *rightweb*, con escalofriante precisión, “[...] prefigura el curso de acción adoptado por la administración Bush, tras los atentados terroristas”.⁵⁴

En la “Declaración de Principios” del PNAC se caracteriza la situación de los Estados Unidos, bajo el gobierno de Clinton, de la siguiente forma:

- a) La política exterior y de defensa del país se hundan.
- b) Los propios conservadores no tienen una visión estratégica confiable y avanzada del papel que deben jugar los Estados Unidos en el mundo, ni disponen de un conjunto de principios que puedan guiar su política exterior.
- c) [Los conservadores] siguen principios tácticos diferentes que dificultan el logro de acuerdos sobre sus objetivos estratégicos.

- d) Ellos no luchan lo suficiente por el presupuesto de defensa que debe garantizar la seguridad de los Estados Unidos y permitir el avance de sus intereses en el nuevo siglo.⁵⁵

Es interesante constatar la clarividencia conmovedora de los promotores del PNAC al alertar sobre problemas de seguridad en los Estados Unidos, con tanta antelación al 11 de septiembre. Llama también la atención que se proponga salir de la crisis descrita clamando por la unificación de la visión estratégica de la derecha norteamericana y pidiendo el aumento de los gastos de defensa, lo que beneficiaría, casualmente, a las instituciones del American Enterprise Institute que con tanta filantropía paga las oficinas que acogen al PNAC.

Con un lenguaje que recuerda, por momentos, el de los vendedores de pólizas de seguro, los firmantes del PNAC no dudan en declarar que su objetivo final es “cambiar” el panorama que describen y brindar “un apoyo total al liderazgo global de los Estados Unidos”. Como avezados mercaderes, no dudan en apretar el cuello del eventual cliente formulando preguntas cuyas respuestas presuponen la aceptación de las condiciones del contrato: “Habiendo triunfado en la Guerra Fría, los Estados Unidos encaran oportunidades y desafíos: ¿tendrán la visión de aumentar las conquistas de las décadas anteriores?; ¿resolverán los retos del nuevo siglo favorablemente a sus principios e intereses?”.⁵⁶

Como si sospecharan que algún cliente desconfiado se les pueda escapar, sin antes haber firmado la póliza, los promotores del PNAC se apresuran a responder por él mediante un monólogo disfrazado de diálogo:

Estamos en peligro de perder las oportunidades y ser derrotados por los desafíos. Vivimos del capital derivado de las inversiones militares y los logros en política exterior de las pasadas administraciones. Los cortes [al presupuesto dedicado] a la política exterior y a la defensa, la desatención a las herramientas del Estado [delicioso eufemismo que, supongo, se refiere a las agencias de inteligencia, al estilo de la CIA], y un liderazgo inconstante

aumentan las dificultades para mantener la influencia norteamericana alrededor del mundo.⁵⁷

Y para terminar, lo que se supone pueda ser la fundamentación del papel que el PNAC pretende jugar en el panorama de la política interna y mundial, o sea, lo que justificaría su debut en la arena pública, se afirma, sin el menor atisbo de humildad: “Desconfiamos de la habilidad (actual) de la nación para encarar las amenazas presentes y de afrontar los potencialmente enormes desafíos que tiene por delante”.⁵⁸

La receta propuesta por los prohombres del PNAC para erradicar los males que describen no puede ser más rancia: borrar del panorama político a los demócratas de Clinton y retrotraer la nación a los tiempos de Reagan. No se ocultan para proclamarlo a los cuatro vientos:

Hemos olvidado los elementos esenciales que posibilitaron el éxito de la administración Reagan: unas fuerzas armadas fuertes y listas para actuar ante desafíos presentes y futuros; una política exterior intencionada y coherente que promueva los principios americanos en el exterior y un liderazgo nacional que acepte las responsabilidades globales de los Estados Unidos.⁵⁹

No sabemos qué destacar primero de esta pasmosa afirmación —que al igual que todas las semejantes del PNAC se proclaman, pero no se demuestran—: si su carácter mesiánico, su chovinismo, o la visión sesgada y manipuladora que propone de la historia. El método utilizado es sencillo y burdo: a un supuesto éxito del pasado, jamás demostrado, se añade la descripción de su negación catastrófica en el presente, para terminar aterrorizando sobre el futuro, si no se vuelve al mismo pasado idealizado.

Expertos terroristas intelectuales, los promotores del PNAC no tienen escrúpulos en utilizar el chantaje y la coerción moral sobre una clase política y una opinión pública espantadizas y deficientemente informadas, como son las de su país, a la hora de venderse como salvadores providenciales ante desastres inminentes que se ciernen sobre la nación y que, curiosamente, ocurrirán

más o menos de la forma aquí descrita, como si concurriesen a una cita largamente anunciada o cumplieran las pautas de un guión cuidadosamente ensayado:

Nosotros [los Estados Unidos] no podemos eludir las responsabilidades del liderazgo global o los costos asociados con su ejercicio, sin ponernos en peligro. Jugamos un papel vital en el mantenimiento de la paz en Europa, Asia y el Medio Oriente. Si fallamos en ello, estaremos invitando a otros a que desafíen nuestros intereses fundamentales. La historia del siglo xx debe hacernos comprender que es imprescindible encarar los problemas antes que emerjan las crisis y resolver las amenazas antes que estas golpeen. Esa misma historia nos enseña a abrazar la causa del liderazgo americano.⁶⁰

Habiendo declarado que la intención de los firmantes del PNAC es “recordarle” al país tales “lecciones” y ayudar a que extraiga “sus propias conclusiones en el presente”, se cierra la apuesta con un truco de tahúr acostumbrado a utilizar cartas marcadas:

Necesitamos incrementar los gastos de defensa si queremos llevar adelante nuestras responsabilidades globales hoy y modernizar mañana nuestras fuerzas armadas; necesitamos fortalecer los nexos con nuestros aliados democráticos y desafiar a los regímenes que sean hostiles a nuestros intereses y valores; necesitamos promover en el exterior la causa de la libertad política y económica; necesitamos aceptar la responsabilidad que entraña el papel especial que juegan los Estados Unidos en la preservación y extensión de un orden internacional afín a nuestra seguridad, prosperidad y principios. La política reaganista puede que hoy no esté de moda, pero es imprescindible si queremos continuar los éxitos del pasado siglo y afianzar nuestra seguridad y grandeza en el próximo.⁶¹

Si la letra y el espíritu de este documento no fuese suficiente para caracterizar al grupo que lo redactó y a las fuerzas que lo pro-

El Apocalipsis según San George

mueven; si no bastase para comprender la lógica de los sucesos posteriores y la esencia profunda del gobierno de George W. Bush, escogido para llevarlo a la práctica, basta el examen de la lista de quienes estamparon en él su firma, aquel 3 de junio de 1997, para entender que, en la práctica, se tendía un arco entre los pasados gobiernos de Reagan y Bush Sr., * para cerrar la gran movida estratégica con el de Bush Jr., que ya se perfilaba en lontananza.

Elliot Abrams, William J. Bennett, Jeb Bush, Dick Cheney, Eliot A. Cohen, Francis Fukuyama, Donald Kagan, I. Lewis Libby, Norman Podhoretz, Dan Quayle, Donald Rumsfeld, Vin Weber y Paul Wolfowitz son algunas de aquellas 25 firmas.

No hace falta decir más.

* George Herbert Walker Bush.

Referencias

- ¹ Marx, Carlos: *Manifiesto comunista*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana, 1994 , p. 24.
- ² Martí, José: “Impresiones de América (por un español muy fresco)”. En: *Obras completas (CD-Rom)*, t. 19, p. 109.
- ³ *Ibídem*, p. 107.
- ⁴⁻⁵ Poe, Edgar Allan: “*El demonio de la perversidad*”. En: www.fortune-city.es/poetas/relatos/166/Cuentos/Historias_Poe.htm
- ⁶⁻⁷ Lovecraft, Howard Phillip: “Desde el más allá”. En: http://members.fortune-city.es/uml/cuentos/10.del_mas_alla.htm
- ⁸ Marcuse, Herbert: *Eros y civilización*. En: <http://www.marxists.org/reference/archive/marcuse/works/eros-civilisation/ch01.htm>
- ⁹ Moore, Michael: “Introducción a la edición inglesa”. En: *Estúpidos hombres blancos*. Ediciones B. S.A., 2004, p. 14.
- ¹⁰ *Ibídem*, p. 21.
- ¹¹ Marcuse, H.: Ob. cit. (8), p. 21.
- ¹² Maquiavelo, Nicolás: *El príncipe* (Cap. 8, p. 19). En: www.librosenred.com
- ¹³⁻¹⁵ “Conspiracy Theory”. En: www.disinfopedia.org
- ¹⁶ Spaulding, Thomas Marshall: “Propaganda or Legend”, *The American Historical Review*, Apr. 1934, pp. 485-488.
- ¹⁷ Placer Cervera, Gustavo: “Reflexiones en torno a un documento controvertido”, *Boletín Historia Militar*, No. 4, 1994, pp. 62-69.
- ¹⁸ Spaulding, T. M.: *Cabinet Government in Hawaii 1887-1893*, Advertiser Publishing Co., Ltd, 1924.
- ¹⁹ Guiteras, José Antonio: “Septembrismo”, *Bohemia* (La Habana), 1 abr., 1934, pp. 30, 32.
- ²⁰⁻²¹ Spaulding, T. M.: Ob. cit. (16), p. 487.
- ²² *Ibídem*, p. 488.
- ²³ Aramburo, Mariano: *Doctrinas jurídicas*, Talleres Cuba Intelectual, 1916, p. 158.
- ²⁴ *Ibídem*.
- ²⁵ *Ibídem*, p. 159.
- ²⁶ Spaulding, T. M.: Ob. cit. (16), p. 488.
- ²⁷ Yarrison, James L.: *The U.S. Army in the Root Reform Era, 1899-1917* (Cap. 1). En: <http://www.army.mil/cmh-pg/documents/1901/Root-Ovr.htm>
- ²⁸⁻²⁹ Cosmas, Graham: *An Army for the Empire: The United States Army in the Spanish-American War*, Texas A&M University Press, 1998, p. 10.
- ³⁰ Yarrison, J. L.: Ob. cit. (27).
- ³¹ Cosmas, G.: Ob. cit. (28), p. 16.
- ³² *Ibídem*, p. 17.
- ³³ *Ibídem*.

El Apocalipsis según San George

- ³⁴ *Ibidem*, p. 18.
- ³⁵ Yarrison, J. L.: *Ob. cit.* (27).
- ³⁶ “Political Graveyard”. En: <http://politicalgraveyard.com>
- ³⁷ Goldman, Emma: “What is Patriotism?”. Tomado de: *Anarchism and Other Essays*. En: <http://www.pbs.org/greatspeeches/timeline>
- ³⁸ Breckenridge, Joseph G.: “No Army?” [Discurso], The Library of Congress, EE.UU, División de manuscritos, Colección Breckenridge, Caja 637.
- ³⁹ _____: “Santiago”. *Ibidem*
- ⁴⁰ _____: “Official Telegram”, Havana, Cuba, Jan. 28-29, 1899”.
Ibidem, caja 632.
- ⁴¹ Dorwart, Jeffrey: *The Office of Naval Intelligence: The Birth of America’s First Intelligence Agency, 1865-1918*, Naval Institute Press, 1979, p. 55.
- ⁴²⁻⁴³ Bobbio, Norberto: El secreto es la esencia del poder, *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, México, D.F., mar. 2004, p. 18.
- ⁴⁴⁻⁴⁷ “The Haunted Archives”. En: <http://www.thenation.com/doc.mhtml?i=20040503&s=editors>
- ⁴⁸ Stolberg, Sheryl Gay y Felicia R. Lee: “Bush Nominee for Archivist is Criticized for His Secrecy”, Apr. 2004, En: <http://www.thenation.com>
- ⁴⁹ Rosenzweig, Mark: Another Neo-McCarthyite at the Library / Archives Helm? Mensaje enviado al SRRT Action Council, el 21 de abril de 2004.
- ⁵⁰ “Center for Democracy”. En: www.disinfopedia.org
- ⁵¹ Junnola, Jill: “Perspective: Who Funds Whom?”, Oct. 4, 2002. En: <http://www.campus-watch.org/article/id/243>
- ⁵² Roy, Arundhati: “The New American Century”, Jan. 22, 2004. En: <http://www.commondreams.org/view04/0122-14.htm>
- ⁵³⁻⁶¹ “Right Web”. En: <http://www.rightweb.irc-online.org/org/PNAC.php>